

Audiolibro La Impaciencia Del Coraz
N Stegan Zweig 2 De 7

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Christina Sherlock (Corona)** - - - - Ciertamente lo hacen sin malicia..., sin embargo, con su torpe admiración y sus cuchicheos han destruido en mí algo irreparable: mi seguridad. Pues hasta aquel momento mi singular relación con los Kekesfalva había acrecentado de modo asombroso mi amor propio. Por primera vez en mi vida me había sentido como quien da y ayuda, pero luego me di cuenta de cómo los demás veían esta relación o, mejor dicho, cómo tenían que verla inevitablemente desde fuera, sin conocer todas sus secretas conexiones. Cómo iban a comprender unos extraños ese sutil placer de la compasión al que yo —no puedo expresarlo de otra manera— había sucumbido como a una oscura pasión. Ellos daban por supuesto que yo me había hecho un nido en aquella casa opulenta y hospitalaria sólo para granjearme las simpatías de gente rica, para ahorrarme una que otra cena y recibir regalos. Con todo, en el fondo lo hacían sin malicia, no me envidiaban el rincón cálido ni los buenos cigarros; sin duda no veían —y era esto lo que me molestaba— nada deshonroso ni sucio en el hecho de que me dejase festejar y cortejar por esas «miniaturas», porque en su opinión más bien se les hace un honor a los ricachones sentándonos a su mesa. Pero no había ni asomo de reproche en la admiración que Ferencz y Jozsi demostraron por la pitillera de oro; al contrario, incluso les infundió un cierto respeto el que yo hubiera sabido explotar tan bien a mi mecenas. Pero lo que ahora me disgusta es que empiezo a perder la confianza en mí mismo. ¿Me comporto acaso realmente como un parásito? Como hombre adulto y como oficial, ¿puedo dejarme invitar y festejar noche tras noche? La pitillera de oro, por ejemplo, en ningún caso debía haberla aceptado, ni tampoco la bufanda de seda que me colocaron alrededor del cuello hace poco en una noche de tormenta. Un oficial de caballería no se deja meter cigarros en el bolsillo para el camino de vuelta a casa y luego —por Dios que mañana sin falta tengo que hablar con Kekesfalva— ¡lo del caballo! De pronto recuerdo que anteayer masculló algo acerca de mi buen rocín (que, claro está, pago a plazos) en el sentido de que no tiene muy buena planta. Ya sé que tiene razón, pero que quiera prestarme uno de su yeguada, un pura sangre de tres años, un magnífico caballo de carreras con el que podría lucirme, eso no lo podía permitir. Sí, «prestar», ¡ya sé qué significa esta palabra para él! Tal como había prometido una dote a Ilona para que permaneciera como enfermera al lado de su pobre hija, ¡así quiere comprarme, pagarme al contado por mi compasión, por mis bromas y mi compañía! Y yo, hombre simple, estuve a punto de caer en la trampa, sin darme cuenta de que con ello me denigraba convirtiéndome en parásito. Absurdo, me digo luego, y recuerdo la emoción con que el anciano me había acariciado la manga, cómo se le ilumina la cara cada vez que entro por la puerta de su casa. Recuerdo la camaradería cordial, fraternal, que me une a las dos muchachas; no reparan en si bebo una copa de más y, si se dan cuenta, sólo se alegran de que me sienta tan a mis anchas en su compañía. «Absurdo, tontería», me repito una y otra vez. «Qué tontería, este anciano me quiere más que mi propio padre.» ¡Pero de qué sirve tratar de convencerse y de darse ánimos cuando vacila el equilibrio interior! Noto que los chasquidos y los murmullos de asombro de Jozsi y Ferencz han aniquilado mi buena y fácil disposición de espíritu. ¿Es verdad que visitas a esa gente rica sólo por compasión y simpatía?, me pregunto con suspicacia. ¿No se esconde también en ello un poco de vanidad y de sibaritismo? Sea como fuere, tengo que aclararlo. Y como primera medida me propongo espaciar mis visitas y anular mañana mismo la habitual tertulia de la tarde en casa de los Kekesfalva. Al día siguiente, pues, no voy. Una vez terminado el servicio, me voy paseando con Ferencz y Jozsi al café, donde leemos el periódico y luego empezamos la inevitable partida de cartas. Pero yo juego condenadamente mal, porque justo delante de mí, en la pared enmaderada, hay empotrado un reloj esférico: las cuatro y veinte, las cuatro y treinta, las cuatro cuarenta, las cuatro cincuenta. En vez de contar los puntos del juego, cuento los minutos. Las cuatro y media, la hora en que suelo ir a tomar el té, la mesa está puesta y todo preparado, y si alguna vez me retraso un cuarto de hora, enseguida me preguntan: «¿Qué le ha pasado hoy?» Mi llegada a la hora en punto se ha hecho ya tan

natural, que ya cuentan con ella como con un deber; durante dos semanas y media no he faltado ni una sola tarde y probablemente, en este momento están mirando el reloj tan inquietos como yo, y esperan y esperan. ¿No debería cuando menos llamar por teléfono y disculparme? O mejor aún: mandaré a mi ordenanza... —Pero, Toni, es un escándalo cómo juegas hoy. Presta un poco de atención, haz el favor —se enfada Jozsi, echándome una furiosa mirada. Mi distracción le ha costado una jugada. Hago un esfuerzo por concentrarme. —Oye, ¿puedo cambiar de sitio contigo? —Claro, pero ¿por qué? —No lo sé —miento—, creo que el ruido de ahí fuera me pone nervioso. En realidad es el reloj lo que no quiero seguir mirando, el avance implacable de los minutos. Siento un cosquilleo en los nervios, los pensamientos siguen revoloteando sin cesar, me obsesiona la idea de si no debería ir al teléfono y excusarme. Por primera vez empiezo a sospechar que no se puede conectar y desconectar la verdadera compasión como si fuera un contacto eléctrico y que todo aquel que se interesa por un destino ajeno se ve privado de una parte de libertad del suyo propio. Pero ¡diablos!, me increpo a mí mismo, nada me obliga a caminar todos los días esa media hora. Y, según la ley secreta de la correspondencia de sentimientos, según la cual quien está enojado transmite su enfado inconscientemente a otros ajenos a él, como una bola de billar comunica a otras el golpe inicial, mi desazón no se dirige contra Jozsi y Ferencz, sino contra los Kekesfalva. ¡Por una vez que me esperen! Que vean que no se me compra con regalos y gentilezas, que no me presento a la hora señalada como el masajista o el profesor de gimnasia. No quiero crear precedentes, obligarme a un hábito, comprometerme. De modo que persisto en mi estúpida terquedad y pierdo tres horas y media en el café, hasta las siete y media, sólo para convencerme y demostrarme que soy completamente libre de ir y venir donde y cuando me plazca y que la buena comida y los exquisitos cigarros de los Kekesfalva me son del todo indiferentes. Y a las siete y media nos marchamos todos juntos. Ferencz propone un corto paseo por la avenida principal. Pero apenas salgo del café tras los dos amigos, me roza la mirada conocida de alguien que pasa rápidamente. ¿No era Ilona? Pues claro: aun cuando no hubiera admirado anteaer mismo su vestido rojo vinoso y el ancho panamá con sus cintas, la hubiera reconocido por detrás por su contoneo suave al andar. Pero ¿adónde se dirige con tanta prisa? No es un paseo, sino una carrera. De todos modos, como dice el dicho, tras el bello pájaro me dispongo también a volar. —Perdonad —me despido algo bruscamente de mis perplejos camaradas y corro en pos de la falda que ya cruza ondeando la calle. La verdad es que me alegra sobremanera la oportunidad que me brinda el azar de sorprender a la sobrina de los Kekesfalva en mi propio terreno. —¡Ilona, Ilona, espere, espere! —le grito. Camina notablemente deprisa, pero acaba por detenerse sin demostrar la menor sorpresa. Claro que me ha reconocido al pasar. —Es fantástico tropezar así con usted en la ciudad, Ilona. Siempre he deseado poder pasear juntos por nuestra residencia. ¿O prefiere que entremos un momento en la confitería? —No, no —murmura un tanto confusa—. Tengo prisa, me esperan en casa. —Bueno, pues entonces tendrán que esperar cinco minutos más. En el peor de los casos, y para que no la pongan de cara a la pared, le daré una carta de justificación. Vamos, no me mire con tanta severidad. Me hubiera gustado cogerla del brazo, pues me encantaría de veras acompañarla precisamente a ella, a la representante de mis dos mundos, a este otro mundo mío, y si mis camaradas me sorprenden con esta belleza, ¡tanto mejor! Pero Ilona está todavía nerviosa. —No, de veras tengo que volver a casa —dice apresuradamente—. Me está esperando el coche allí delante. Y, en efecto, el chófer ya la saluda respetuosamente desde la plaza del Ayuntamiento. —¿Pero al menos me permitirá acompañarla hasta el coche? —Desde luego —murmura extrañamente inquieta—. Desde luego... Y, a propósito..., ¿por qué no ha venido esta tarde? —¿Esta tarde? —repito la pregunta con estudiada lentitud, como esforzándome por recordar—. ¿Esta tarde? Oh, sí, qué fastidio esta tarde. El coronel quería comprarse un nuevo caballo y tuvimos todos que acompañarle para examinarlo y desbravarlo. (En realidad esto ocurrió hace un mes. Miento muy mal.) Ella titubea y quiere contestar algo. Pero ¿por qué estira el guante y se balancea tan nerviosamente sobre el pie? —¿No quiere cuando menos ir conmigo a cenar? «Mantenerse firme», me apresuro a decirme. «¡No cejar! ¡Al menos un día!» Y digo con un suspiro de lamento: —Qué lástima, iría con mucho gusto, pero hoy las cosas ya se han torcido. Esta noche tenemos un acto social al que no puedo faltar. Me mira fijamente —es curioso que ahora se forman entre sus cejas las mismas arrugas de impaciencia que en el rostro de Edith— y no dice una palabra, no sé si por descortesía deliberada o porque está molesta conmigo. El chófer le abre la puerta, ella la cierra con estrépito y pregunta a través del cristal: —Pero ¿vendrá mañana? —Sí, mañana seguro. Y el coche se va. No estoy demasiado satisfecho de mí mismo. ¿A qué se debía esa extraña prisa de Ilona, ese apocamiento suyo, como si tuviera miedo de ser vista conmigo, y ahora esta salida precipitada en coche? Y, además, ¿no debería haber mandado yo, por cortesía, siquiera un saludo al padre, una palabra amable a Edith? ¡Al fin y al cabo no me han hecho nada! Aunque, por otro lado, estoy satisfecho de mi actitud reservada. Me he mantenido firme. Por lo menos ahora no podrán pensar de mí que quiero imponerles mi presencia. A pesar de que había prometido a Ilona que iría al día siguiente a la hora de costumbre, por precaución anuncio antes mi visita por teléfono. Mejor observar formas estrictas; las formas

son una protección. Con ellas quiero dejar claro que no me presento en casa de nadie inoportunamente, y en adelante tengo la intención de preguntar cada vez si mi visita es esperada y si es grata. Hoy, sin embargo, no tengo por qué dudar, pues el criado ya me espera delante de la puerta abierta y, al entrar yo, me confía con encarecido celo: —La señorita está en la terraza de la torre y ruega al teniente que suba enseguida —y añade—: Creo que el teniente no ha estado nunca allá arriba. El teniente quedará maravillado de lo bonito que es. Tiene razón el bueno y anciano Josef. Nunca he pisado esta terraza, a pesar de que muchas veces me ha llamado la atención esa torre construida de manera tan curiosa y abstrusa. Originariamente —ya lo he dicho antes— torre angular de un castillo caído en ruina con el tiempo o demolido (ni siquiera las muchachas conocen con exactitud su historia), esa imponente torre cuadrada había permanecido vacía durante años y servido de desván. Durante su infancia, Edith subía a menudo, con espanto de sus padres, por una escalera bastante deteriorada hasta la buhardilla, donde entre trastos viejos revoloteaban somnolientos murciélagos y a cada paso por los podridos maderos se levantaban nubes de polvo y moho. Pero la niña, muy dada a la fantasía, había escogido esa estancia inútil, con vistas a un vasto horizonte desde sus ventanas cubiertas de suciedad, como escondrijo y mundo de sus juegos precisamente por su carácter misterioso e inservible. Y cuando luego le sobrevino la desgracia, sin esperanzas de poder trepar hasta aquella encumbrada y romántica pieza trastera con sus piernas rígidas e inmóviles, se sintió estafada. El padre observó muchas veces cómo la niña levantaba sus amargados ojos hacia aquel querido y de repente perdido paraíso de su infancia. Kekesfalva quiso darle una sorpresa y aprovechó los tres meses que Edith pasó en un sanatorio alemán para encargar a un arquitecto de Viena que reconstruyera la vieja torre y añadiera en lo alto un cómodo mirador; cuando Edith regresó a casa en otoño, después de una mejoría apenas perceptible, la torre ampliada estaba provista ya de un ascensor tan ancho como el del sanatorio, con lo que se daba a la enferma la oportunidad de subir en cualquier momento en silla de ruedas a contemplar el apreciado panorama. De este modo, cuando menos lo esperaba, la muchacha recuperó el mundo de su infancia. Es verdad que el arquitecto, con las prisas, había prestado menos atención a la pureza de estilo que a la comodidad que ofrecía la técnica; la caja del ascensor, desprovista de todo adorno, que había incorporado a la escarpada torre cuadrangular, habría resultado más propia, con sus formas geométricas rectilíneas, de un muelle o de una central eléctrica que de las agradables y recargadas formas barrocas del castillo que probablemente se remontaba a tiempos de María Teresa. Pero el principal deseo del padre se vio cumplido; Edith se mostró plenamente entusiasmada con aquella terraza que de manera inesperada la libraba de la estrechez y la monotonía de su cuarto de enferma. Desde ese mirador tan propio y particular podía dominar con prismáticos el vasto y llano paisaje, ver todo lo que ocurría a la redonda, la siembra y la cosecha, los quehaceres diarios y la vida social. Unida de nuevo al mundo tras una inacabable separación, pasaba horas contemplando desde esta atalaya el divertido juguete del tren que atravesaba la campiña con sus pequeñas volutas de humo; ningún coche que pasara por la carretera escapaba a su ociosa curiosidad y, como supe más tarde, también nos había acompañado con su telescopio en muchos de nuestros paseos a caballo, ejercicios y desfiles. Llevada por una curiosa especie de celos, mantenía vedado a todos los huéspedes de la casa este particular punto de escapatoria como un mundo privado; sólo gracias al impulsivo entusiasmo del fiel Josef comprendí hasta qué punto se valoraba como una distinción singular la invitación a pisar esta atalaya, por lo común inaccesible. El criado quería hacerme subir en el ascensor, se le notaba el orgullo por haberle sido confiado en exclusiva el manejo de tal costoso vehículo. Pero decliné su invitación tan pronto me comunicó que además había una pequeña escalera de caracol, iluminada en cada piso por aberturas laterales, que también conducía a la terraza; enseguida me imaginé cuán fascinante sería ver cómo el paisaje se iba desplegando en la lontananza de un descansillo a otro de la escalera; en verdad cada una de aquellas pequeñas aberturas sin cristales ofrecía un nuevo y encantador cuadro. Reinaba sobre los campos estivales un día caluroso, transparente y quieto como una telaraña dorada. El humo se enroscaba en espirales casi inmóviles por encima de las chimeneas de las casas y granjas desparramadas, se veían —los contornos destacándose en el cielo de un azul acerado, como recortados con un cuchillo afilado— las cabañas de tejados de paja con sus inevitables nidos de cigüeñas en los aguilonos y los estanques con patos delante de los graneros, que relucían como metal pulido. En medio, en los campos de colores de cera, figuras diminutas como liliputienses, vacas de colores jaspeados pastando, mujeres escardando los sembrados o lavando ropa, pesados carruajes tirados por bueyes y carritos cruzando ligeros y tambaleantes los cuartones cuidadosamente señalados. Cuando hube subido los aproximadamente noventa escalones, la mirada abarcaba satisfecha toda la redondez de la planicie húngara hasta el horizonte un tanto vaporoso, donde a lo lejos destacaba una línea azul elevada, quizá los Cárpatos, y a la izquierda resplandecía nuestra pequeña ciudad, graciosamente apiñada, con la cúpula de la torre de la iglesia en forma de cebolla. A simple vista reconocí nuestro cuartel, el ayuntamiento, la escuela, el campo de instrucción, y por primera vez desde mi traslado a esta guarnición sentí el modesto encanto de este mundo singular. Mas no pude dedicarme con tranquilidad a contemplar este ameno

panorama, pues, una vez llegado a la terraza, tuve que prepararme para saludar a la enferma. Al principio no descubrí a Edith; la blanda butaca de paja en la que descansaba me daba su ancha espalda y cubría su diminuto cuerpo como una concha de colores. Me percaté de su presencia gracias a la mesa que estaba a su lado con libros y un gramófono abierto. No me acerqué a ella de inmediato por miedo a asustarla en su reposo o en su sueño. De modo que recorrí el rectángulo de la terraza para llegar a ella de frente. Pero cuando me adelanto de puntillas, compruebo que está durmiendo. Alguien ha tapado cuidadosamente el delicado cuerpo y envuelto los pies en una manta blanda, y su rostro de niña, oval y aureolado por su cabellera pelirroja, descansa sobre una almohada blanca. El sol poniente le confiere una apariencia de salud con sus reflejos de ámbar dorado. Involuntariamente me detengo y aprovecho mi vacilante espera para contemplar a la durmiente como a un cuadro, pues la verdad es que en nuestros frecuentes encuentros todavía no he tenido la oportunidad de mirarla abiertamente, y es que todas las personas sensibles e hipersensibles se resisten de un modo instintivo a ser contempladas. Incluso cuando se la mira por casualidad durante la conversación, enseguida se le forma una pequeña arruga de enfado entre las cejas, sus ojos se vuelven inquietos, los labios nerviosos y su perfil no para quieto un solo momento. Sólo ahora, cuando está tendida con los ojos cerrados, inmóvil y sin oponer resistencia, puedo contemplar (y tengo la sensación de cometer algo indebido, un robo) ese rostro un tanto anguloso y como quien dice todavía no acabado, en el que se mezcla de un modo de lo más encantador lo infantil con lo femenino y lo enfermizo. Los labios, ligeramente abiertos como los de un sediento, respiran despacio, pero ya ese solo y pequeño esfuerzo levanta e hincha su exiguo pecho infantil, y como agotada y exangüe reclina en la almohada su pálido rostro, enmarcado por la cabellera rojiza. Me acerco con cuidado. Las sombras de debajo de los ojos, las venas azules en las sienes, la rosada transparencia de las aletas nasales, revelan cuán tenue e incolora es la envoltura con que su piel de alabastro se defiende de los embates exteriores. ¡Cuán sensible debe ser, pienso, cuando los nervios palpitan tan cerca de la superficie y tan desprotegidos, cuánto debe sufrir con ese cuerpo tan liviano de sílfide, que parece creado para correr, bailar y volar y que, sin embargo, permanece cruelmente encadenado al duro y pesado suelo! ¡Pobre criatura cautiva! Siento de nuevo ese ardiente manantial interior, esa crecida dolorosa y agotadora y a la vez indómita y estimulante de la compasión que me embarga cada vez que pienso en su desgracia; me tiembla la mano de deseos de acariciarle el brazo con ternura, de inclinarme sobre ella y, por decirlo así, recoger la sonrisa de sus labios en caso de que se despierte y me reconozca. Me impulsa a acercarme a ella una necesidad de ternura que en mí se mezcla con compasión cada vez que pienso en ella o la miro. ¡Pero no quiero turbar ese sueño que la aleja de sí misma, de su realidad corporal! Precisamente es tan maravillosa esa íntima cercanía con los enfermos mientras duermen, cuando olvidan tan por completo sus aficciones que de vez en cuando una sonrisa se posa en sus labios semiabiertos como una mariposa en una trémula hoja, una sonrisa ajena, que no les pertenece y que desaparece asustada tan pronto como se despiertan. Es una bendición de Dios, pienso, que los tullidos, los mutilados, los despojados por el destino, al menos en el sueño ignoren la forma o la deformidad de su cuerpo, que el caritativo engaño del sueño cuando menos los engañe haciéndoles creer que poseen una figura bella y bien proporcionada, que el doliente al menos en ese mundo del sueño, único y envuelto de tinieblas, sea capaz de evadirse de la maldición en que vive físicamente encadenado. Pero para mí lo más conmovedor son sus manos, que tiene cruzadas sobre la manta, unas manos alargadas, surcadas por pálidas venas, de articulaciones frágiles y delicadas, y terminadas en unas uñas puntiagudas, un poco azuladas: manos sin sangre y sin fuerza, quizás aún lo suficiente fuertes para acariciar pequeños animales, palomas y conejos, pero demasiado débiles para coger y sujetar algo. ¿Cómo puede alguien, pienso con emoción, con semejantes manos impotentes, defenderse contra sufrimientos reales? ¿Cómo conseguir algo, cogerlo y retenerlo? Y casi me repugna pensar en las mías, unas manos firmes, pesadas, musculosas y fuertes, capaces de dominar el caballo más rebelde con un solo tirón de las riendas. Contra mi voluntad mi mirada se detiene en la manta peluda y pesada, demasiado pesada para esta criatura ligera como un pájaro, que carga sobre sus rodillas. Bajo esa envoltura opaca están las impotentes piernas —no sé si rotas, paralizadas o sólo debilitadas, pues nunca he tenido el valor de preguntarlo—, metidas dentro de aquel aparato de acero o de cuero. Recuerdo que, a cada movimiento, esa cruel maquinaria se pega como un peso a las articulaciones muertas; incesantemente tiene que arrastrar esa enojosa carga con sus chirridos y traqueteos, la delicada y débil muchacha, ¡precisamente ella, de la que cabía pensar que le resultaba más natural correr y volar que caminar! Me estremezco con sólo pensarlo, y esta emoción desgarradora me recorre con tanta fuerza de pies a cabeza, que mis espuelas empiezan a temblar y tintinear. No puede haber sido más que un ruido mínimo, apenas perceptible, ese sonido argentino, pero parece que ha penetrado en su tenue sueño. Respirando inquieta, no levanta todavía los párpados, pero sus manos empiezan a desperezarse: se separan, se estiran, como si los dedos bostezaran al despertar. Luego los ojos parpadean y, sorprendidos, tantean su alrededor. De repente su mirada me descubre y enseguida se detiene; todavía no ha saltado la chispa de contacto entre la simple función óptica y el pensamiento y el

recuerdo conscientes. Pero luego, una sacudida y ya está completamente despierta; me ha reconocido. Con un chorro purpúreo se agolpa la sangre en sus mejillas, bombeada de súbito por el corazón. De nuevo parece como si de pronto alguien vertiera vino tinto en un vaso de cristal. —Qué tonta —dice, frunciendo las cejas con fuerza y con un gesto nervioso se sube la manta que había resbalado un poco, como si la hubiera sorprendido desnuda—. Qué tonta, debo haberme adormilado un momento. Y las aletas de la nariz —conozco estas señales— empiezan a temblar ligeramente. Me mira con aires de exigencia. —¿Por qué no me ha despertado enseguida? ¿No se observa a la gente cuando duerme! Es de mala educación. Todos tenemos un aspecto ridículo durmiendo. Molesto conmigo mismo por haberla enojado con mis miramientos, intento salvar la situación con una broma tonta: —Más vale parecer ridículo dormido que despierto. Pero ella ya se ha erguido apoyándose con ambas manos en los brazos del sillón, la arruga de su entrecejo aparece más hendida y también ahora los labios empiezan a temblar y a vibrar, presagio de tormenta. Me acomete su mirada severa. —¿Por qué no vino ayer? El golpe ha sido tan inesperado, que no puedo contestar enseguida. Pero ella ya repite en tono inquisidor: —Espero que tuviera un motivo muy especial para dejarnos plantados y hacernos esperar. De lo contrario supongo que al menos habría llamado por teléfono. ¡Qué estúpido soy! Debí haber previsto precisamente esta pregunta y preparar de antemano una respuesta. En cambio, me quedo aturdimiento, levantando ora un pie ora otro y masticando la vieja excusa de una imprevista inspección de remonta. A las cinco todavía había tenido la esperanza de poder escabullirme, pero el coronel nos había querido presentar un caballo nuevo, etcétera, etcétera. Su mirada, gris, severa y penetrante, no se aparta de mí. Cuanto más me enzarzo en explicaciones, más crítica y suspicaz se vuelve. Veo cómo sus dedos recorren convulsos los brazos del sillón. —Ya —responde finalmente con toda frialdad y dureza—. ¿Y cómo termina esta historia de la inspección de remonta? ¿El coronel acaba comprando el flamante caballo? Me doy cuenta de que me he metido en un peligroso callejón sin salida. Con su guante suelto pega uno, dos y tres golpes sobre la mesa, como si quisiera librarse de un estorbo en las muñecas. Después me mira amenazadora. —¡Basta ya de mentiras estúpidas! Ni una sola palabra de todo eso es verdad. ¿Cómo se atreve a contar tamañas sandeces? El guante golpea la mesa con más y más fuerza. Luego lo arroja con decisión trazando un arco en el aire. —¡Ni una palabra de toda su monserga es verdad! ¡Ni una palabra! No estuvo en la escuela de equitación. No tuvieron inspección de remonta. A las cuatro y media usted ya estaba en el café y, que yo sepa, allí no se monta a caballo. ¡No me venga con mentiras! Nuestro chófer lo vio por casualidad a las seis cuando usted todavía jugaba a las cartas. Sigo sin poder articular palabra. Pero ella se interrumpe bruscamente y luego añade: —Además, ¿qué necesidad tengo de avergonzarme ante usted? ¿Tengo que jugar al escondite porque usted diga falsedades? Yo no tengo miedo de decir la verdad. Pues, para que lo sepa..., no, no fue por casualidad que nuestro chófer lo vio en el café, sino que lo mandé adrede para que me informase de qué le había pasado. Pensé que a lo mejor estaba enfermo o había sufrido un accidente, porque ni siquiera llamó por teléfono y.. bueno, de mí puede pensar que soy nerviosa..., pero no soporto que me hagan esperar..., simplemente no lo soporto..., de modo que mandé al chófer. Pero en el cuartel le dijeron que el teniente estaba sano y salvo jugando a las cartas en el café, y entonces pedí a Ilona que averiguara por qué usted nos hacía este desaire..., si acaso anteayer yo lo ofendí con algo..., porque es verdad que a veces me comporto de un modo realmente irresponsable en mis estúpidos arrebatos... Bueno, ya ve, yo no me avergüenzo de confesarle todo esto... Y usted me viene con majaderías para excusarse... ¿No se da cuenta usted mismo de lo mezquino y miserable que resulta mentir de ese modo entre amigos? Yo quise contestar..., creo incluso que hubiera tenido el valor de contarle toda la torpe historia con Ferencz y Jozsi. Pero ella me ordenó impetuosamente: —¡No me venga con más embustes..., basta de falsedades! Estoy harta de mentiras. Me las sirven con cuchara de la mañana a la noche: «Qué buen aspecto tienes hoy, es fantástico cómo caminas hoy..., magnífico, eso va mejor, mucho mejor.» Siempre los mismos tranquilizantes de la mañana a la noche y nadie se da cuenta de que me ahogan. ¿Por qué no me dice directamente: ayer no tuve tiempo o no tuve ganas? No estamos abonados a usted y nada me hubiera alegrado tanto como que me hubiera dicho por teléfono: «Hoy no vendré, prefiero ir con los compañeros a callejear por la ciudad.» ¿Me tiene por tan ingenua como para no comprender que a veces tiene que cansar hacer el papel de samaritano compasivo y que un adulto prefiere montar a caballo o sacar a pasear sus piernas sanas en vez de perder el tiempo encerrado junto al sillón de otra persona? Una sola cosa me repugna y no la soporto: las excusas, los engaños y las mentiras. Estoy hasta la coronilla. No soy tan tonta como creen todos y puedo soportar una cierta dosis de sinceridad. Mire usted, hace unos días contratamos una nueva criada bohemía, encargada de fregar los platos, la anterior había muerto, y el primer día..., todavía no había hablado con nadie..., ve cómo me ayudan a trasladarme con las muletas al sillón. Del susto deja caer el cepillo y exclama: «¡Jesús, qué desgracia, qué desgracia más grande! ¡Una señorita tan rica y distinguida... y una inválida!» Ilona se lanzó como una fiera sobre la sincera mujer y todos querían despedirla en el acto, la pobre. Pero a mí, aquello me alegró, su espanto me hizo bien, porque es humano asustarse al ver algo así

cuando no se espera. Además, en el acto le di diez coronas y ella corrió a la iglesia a rezar por mí... La alegría me duró todo el día, sí, de verdad, estaba contenta de saber por fin qué siente realmente un extraño al verme por primera vez... Ustedes, en cambio, con su falsa gentileza se creen obligados a «protegerme» y se imaginan que quizá me hacen un bien con sus condenados miramientos... ¿Acaso creen que no tengo ojos en la cara? ¿Que no noto detrás de sus cuchicheos y balbuceos el mismo horror y la misma incomodidad que sintió aquella buena mujer, la única persona decente? ¿Creen que no noto cómo se les corta el aliento cuando agarro las muletas y cómo se apresuran a forzar una conversación para que no me dé cuenta de nada, como si no les conociera de sobra, con su valeriana y azúcar, azúcar y valeriana, toda esa asquerosa baba? Ah, sé muy bien que suspiran de alivio cada vez que la puerta se cierra detrás de ustedes y me dejan tendida como un cadáver... Sé muy bien que entonces ponen los ojos en blanco y dicen: «Pobre muchacha», pero al mismo tiempo están de lo más satisfechos con ustedes mismos, porque han tenido la deferencia de dedicar una o dos horas a «la pobre niña enferma». ¡Pero yo no quiero sacrificios! ¡No quiero que se sientan obligados a servirme la ración de idea de compasión! ¡Si quiere venir, venga, y si no quiere, pues no venga y en paz! ¡Pero sea sincero entonces y no me venga con historias de remontas y pruebas con caballos! ¡No puedo..., ya no puedo soportar por más tiempo las mentiras y su asquerosa piedad! Ha proferido estas últimas palabras completamente fuera de sí, con los ojos enardecidos y con una palidez extrema. Luego el espasmo desaparece de golpe. Su cabeza, agotada, se recuesta sobre el respaldo y poco a poco la sangre afluye de nuevo a sus labios todavía temblorosos de la excitación. —Bueno —dice en voz baja con un suspiro y como avergonzada—. Tenía que decirlo y ya lo he dicho. No hablemos más de ello. Déme... déme un cigarrillo. En este momento me ocurre algo extraño. Por lo general sé dominarme bastante bien y tengo manos firmes y seguras. Pero este estallido inesperado de Edith me ha trastornado de tal manera, que siento todos mis miembros como paralizados; nunca en la vida nada me había consternado tanto. Con dificultad saco un cigarrillo del estuche, se lo ofrezco y enciendo una cerilla. Pero al acercárselo, los dedos me tiemblan tanto, que no puedo sostener derecha la cerilla encendida y la llama vacila y se apaga en el vacío. Tengo que encender otra y también ésta vacila insegura en mi mano temblorosa antes de encender el cigarrillo. Sin duda ella se ha dado cuenta de mi conmoción en la manifiesta torpeza, pues es una voz distinta, asombrada e inquieta la que me pregunta bajito: —Pero ¿qué le pasa? Está temblando... ¿Por qué...? ¿Por qué está tan nervioso? ¿Qué le importa a usted todo esto? La llamita del fósforo se ha apagado. Me he sentado callado, y ella murmura desconcertada: —¿Cómo puede usted ponerse tan nervioso por culpa de las estupideces que digo? Papá tiene razón. Usted es una persona... realmente curiosa. En este instante se oye a nuestras espaldas un leve susurro. Es el ascensor, que sube a la terraza. Johann abre la reja y aparece Kekesfalva con ese porte cohibido y ese sentimiento de culpabilidad que absurdamente le hunde los hombros cada vez que se acerca a la enferma. Me levanto rápidamente para saludarlo. Me responde con un apocado movimiento de cabeza y se inclina de inmediato sobre Edith para besarla en la frente. Luego se produce un extraño silencio. En esta casa todos se percatan de todo lo que les ocurre a todos; sin duda el anciano debe de haber notado que entre nosotros dos se ha producido una tensión peligrosa, porque se queda inquieto a nuestro lado y con los ojos bajos. Me doy cuenta de que preferiría huir de nuevo en el acto. Edith intenta ayudar. —Fíjate, papá, el teniente ha visto hoy la terraza por primera vez. —Sí, es un lugar muy hermoso —intervengo yo, dándome cuenta enseguida de que acabo de decir algo vergonzosamente banal y me callo de nuevo. Para disipar este momento de turbación, Kekesfalva se inclina sobre la butaca. —Temo que pronto hará demasiado fresco para ti aquí arriba. ¿No será mejor que bajemos? —Sí —responde Edith. Todos nos alegramos de haber encontrado actividades fútiles para distraernos: recoger los libros, ponerle el chal a Edith, tocar la campanilla, una de las que como aquí arriba están en todas las mesas de la casa. Al cabo de dos minutos oímos el susurro del ascensor que sube y Josef empuja suavemente el sillón con la enferma hasta la puerta. —Bajamos enseguida —dice Kekesfalva a su hija con un gesto de ternura—. Quizá podrías irte arreglando para la cena. Mientras pasearé un rato con el teniente por el jardín. El criado cierra la puerta del ascensor y la silla de ruedas se hunde con la inválida en el pozo como en una cripta. Instintivamente el anciano y yo nos hemos apartado. Ambos guardamos silencio, pero de pronto noto que se me acerca con visible timidez. —Si no tiene nada en contra, teniente, me gustaría hablar un momento con usted..., es decir, quisiera pedirle algo... Podríamos pasar a mi despacho, en el edificio de la administración... Quiero decir, claro está, si a usted no le molesta... En ese caso..., si lo prefiere, podemos pasear por el parque. —Al contrario, será para mí un honor señor Von Kekesfalva —contesto. En este momento oímos el susurro del ascensor que sube a buscarnos. Bajamos y atravesamos el patio hacia el edificio de la administración. Me llama la atención la cautela con que Kekesfalva se desliza pegado a la pared de la casa, el esmero con que procura hacerse pequeño, como si temiera ser sorprendido. Por mimetismo —no hubiera podido actuar de otro modo— camino detrás de él con pasos igualmente quedos y cautelosos. Al final del edificio de la administración, de techo bajo y no muy bien revocado, Kekesfalva abre una puerta que conduce a su despacho, una pieza que no

resulta mejor puesta que mi habitación del cuartel: un escritorio barato, carcomido y gastado, sillas de rejilla viejas y manchadas, sobre el papel rasgado de la pared unos tableros viejos y a todas luces no utilizados desde hace años. También el olor a moho me recuerda desagradablemente nuestros despachos oficiales. Ya a primera vista —¡cuántas cosas he comprendido en esos pocos días! —descubro que el anciano amontona todo el lujo y todas las comodidades sólo para su hija y ahorra para sí mismo como un campesino tacaño. Por primera vez me he dado cuenta también —al caminar él delante de mí— de cómo brilla su chaqueta negra en los codos gastados; probablemente la lleva desde hace diez o quince años. Kekesfalva me acerca el ancho sillón tapizado de cuero negro, el único cómodo del despacho. —Siéntese, teniente. Por favor, siéntese —dice en un tono cariñoso pero insistente, mientras se acomoda en una de las inciertas sillas de rejilla antes de que yo pueda intervenir. Nos sentamos, pues, muy cerca el uno del otro. Ahora puede empezar a hablar, él tiene la palabra, y yo espero que lo haga con comprensible impaciencia, pues ¿qué podría pedir a un pobre teniente un hombre rico, millonario? Sin embargo, mantiene la cabeza baja, como si examinara con detenimiento sus zapatos. Sólo oigo la respiración de su pecho inclinado hacia delante. Es una respiración fatigosa y forzada. Finalmente Kekesfalva levanta la frente, perlada de sudor, se quita las gafas empañadas y, sin esta reluciente protección, su rostro adquiere enseguida un aspecto diferente, como más desnudo, pobre y trágico, e igual que ocurre a menudo con los cortos de vista, sus ojos aparecen más apagados y cansados que tras el cristal de aumento. Adivino también por el borde sus párpados, ligeramente inflamados, que el anciano duerme poco y mal. De nuevo siento en mi interior aquel cálido manantial: mana la compasión, ahora ya lo sé. De pronto me veo sentado no frente al rico señor Von Kekesfalva, sino frente a un anciano afligido. Y ahora, carraspeando, empieza a hablar: —Teniente —la voz, enmohecida, sigue sin obedecerle —, quiero pedirle un gran favor... Naturalmente sé que no tengo ningún derecho a pedir su ayuda. Apenas nos conoce... Además, puede rechazarlo..., por supuesto... Quizá sea una presunción mía, una impertinencia, pero desde el primer momento le tomé confianza. Usted, se nota enseguida, es una buena persona, bondadosa. Sí, sí, sí. —Debo de haber hecho un gesto de protesta—. Es una buena persona. Hay algo en usted que le da seguridad a uno y a veces... tengo la impresión de que me ha sido enviado por... —se interrumpe y me imagino que quería decir «por Dios», pero no ha tenido el valor suficiente— ...enviado como alguien a quien puedo hablar abiertamente... En realidad no es gran cosa lo que deseo pedirle... Pero yo hablo y hablo y no le he preguntado si está dispuesto a escucharme. —Desde luego que sí. —Se lo agradezco... A los viejos nos basta con mirar a una persona para conocerla perfectamente... Sé lo que es una persona buena, lo sé por mi mujer, en paz descanse... Ésta fue la primera desgracia, que la muerte se la llevase. Sin embargo, hoy me digo que quizá haya sido mejor que no tuviera que vivir la desgracia de nuestra hija..., no lo hubiese soportado. ¿Sabe usted?, cuando eso ocurrió, hace cinco años..., no creí al principio que duraría mucho... ¿Cómo se puede imaginar nadie que una niña como todas las demás, que corre y juega y no para de dar vueltas como una peonza..., que de repente todo eso se haya terminado, terminado para siempre...? Y, por otro lado, uno se ha criado en el respeto hacia los médicos..., lee en los periódicos las maravillas de que son capaces, cosen corazones y trasplantan ojos, dicen... Estábamos convencidos, es natural, ¿verdad?, de que podrían hacer lo más sencillo del mundo..., ayudar a restablecerse en poco tiempo a una niña..., una niña que había nacido sana y siempre había estado sana. Por eso al principio no estaba demasiado asustado, pues no creía, ni por un momento, que Dios fuera capaz de semejante cosa, castigar para siempre a una niña, una criatura inocente... Ah, si eso me hubiera ocurrido a mí..., a mí las piernas ya me han llevado bastante tiempo, ¿para qué las necesito? Además, yo no he sido un hombre bueno, he cometido muchos desatinos, incluso... Pero ¿qué estoy diciendo? Sí..., lo que decía, si me hubiera ocurrido a mí, lo habría comprendido, pero ¿cómo puede Dios errar tanto el tiro y castigar injustamente a una inocente..., y cómo hemos de comprender que a un ser vivo, a una niña, de repente se le mueran las piernas, porque una minucia, un bacilo... dijeron los médicos, y con eso creyeron haber dicho algo...? Pero no es más que una palabra, un pretexto, en tanto que lo otro, lo real, es que una niña está postrada, de pronto tiene las piernas rígidas, ya no puede andar ni moverse y uno tiene que verlo impotente... Eso no se puede comprender. Con un gesto brusco del dorso de la mano se limpia el sudor del cabello humedecido y revuelto. —Claro que consulté a todos los médicos... Dondequiera que hubiera una eminencia, acudíamos a verlo... A todos los hice venir y todos explicaban la lección y hablaban latín, discutían y celebraban consultas, uno ensayaba esto y otro aquello, y luego decían que tenían esperanza y fe, y cobraron su dinero y se fueron y todo quedó como estaba. Es decir, algo se mejoró, en realidad bastante. Antes tenía que permanecer echada siempre de espaldas y su cuerpo estaba completamente paralizado... Ahora, por lo menos, los brazos, la parte superior del cuerpo, son normales y puede andar sola con las muletas... Está algo mejor, no, mucho mejor, no debo ser injusto... Pero nadie la ha curado del todo todavía... Todos se encogían de hombros y decían: paciencia, paciencia, paciencia... Uno solo ha perseverado en su tratamiento, el doctor Condor... No sé si ha oído hablar de él, pero, claro, usted es de Viena. Tuve que decir

que no. Nunca había oído aquel nombre. —Naturalmente que no tiene por qué conocerlo, ya que usted es un hombre sano y él no es de los que se dan bombo... Tampoco es profesor, ni siquiera profesor... Y no crea que tiene mucha clientela... quiero decir que no busca tener mucha. Y es que es un hombre raro, muy especial... No sé si seré capaz de explicárselo bien. No le interesan los casos corrientes, que cualquier medicastro puede tratar. Sólo le interesan los casos difíciles, aquéllos ante los que los demás pasan de largo encogiéndose de hombros. Claro está que yo, un hombre sin erudición, no puedo afirmar que el doctor Condor sea mejor médico que los demás..., sólo sé que es mejor persona que los demás. Lo conocí cuando asistió a mi mujer y vi cómo luchaba por salvarla... Fue el único que no quiso desistir hasta el último momento, y comprendí que este hombre vive y muere con cada paciente. Tiene..., no sé si me expreso correctamente..., tiene una especie de pasión por ser más fuerte que la enfermedad..., no sólo ambición como los demás, de ganar dinero y llegar a profesor y consejero de la corte... No piensa en él, sino en los demás, los pacientes... ¡Ah, es un hombre admirable! El anciano se había emocionado; sus ojos, cansados hacía un momento, cobraron un brillo intenso. —Un hombre admirable, le digo, que no deja a nadie en la estacada. Para él, cada caso es un compromiso... Sé que no me expreso muy bien..., pero es como si se sintiera culpable cuando no puede ayudar a alguien..., él se siente culpable y por eso..., no me creará, pero le juro que es la pura verdad..., la única vez que no consiguió su propósito... Había prometido curar a una mujer que perdía la vista... y cuando, no obstante, se quedó ciega, se casó con ella. Figúrese, un hombre joven se casa con una ciega, siete años mayor que él, ni bonita ni rica, histórica, que es una carga para él y ni siquiera se lo agradece... Esto demuestra qué clase de hombre es, ¿no es verdad? Y usted comprenderá que me sienta dichoso de haber encontrado a alguien así..., a un hombre que cuida de mi hija como yo mismo. Lo he incluido en mi testamento... Si alguien puede ayudarla, es él. Dios lo quiera. ¡Dios lo quiera! El anciano había juntado las manos como en una plegaria. De repente se me acercó: —Y ahora escuche, teniente. Querría pedirle algo. Ya le he contado hasta qué punto se toma interés por los demás ese doctor Condor..., pero mire, tiene que comprender que... precisamente el que sea tan buena persona también me inquieta... Tengo el temor, comprenda usted, siempre lo he tenido, de que por consideración hacia mí no me diga la verdad, toda la verdad... Siempre da esperanzas y promete que mi hija mejorará y se curará por completo..., pero cada vez que le pregunto cuándo y cuánto tiempo tardará todavía, sale con evasivas y se limita a contestar: ¡paciencia, paciencia! Sin embargo, se necesita tener una seguridad..., yo soy un hombre viejo y enfermo y tengo que saber si viviré para verlo y si mi hija se curará de verdad, si se curará del todo... No, créame, teniente, no puedo seguir viviendo así..., tengo que saber si es seguro que Edith sanará y cuándo... Tengo que saberlo, no soporto por más tiempo esta incertidumbre. Se puso de pie, dominado por la emoción, y se acercó a la ventana con tres pasos presurosos y enérgicos. Para mí no era nada nuevo. Cada vez que le acudían las lágrimas a los ojos, se refugiaba volviéndose bruscamente de espaldas. Tampoco él quería compasión..., ¡al fin y al cabo era como su hija! Al mismo tiempo su mano derecha hurgaba sin tino en el bolsillo trasero de la triste chaqueta negra. Sacó un arrugado pañuelo y en vano fingió que se secaba con él el sudor de la frente: demasiado claramente vi sus párpados enrojecidos. Una o dos veces se paseó arriba y abajo del despacho; yo oía gemidos y no sabía si eran los carcomidos maderos que crujían bajo sus pies o si era él mismo, viejo y achacoso, que suspiraba. Luego, como un nadador antes de lanzarse al agua, recobró el aliento. —Perdone..., no era de esto de lo que le quería hablar... ¿Qué era...? Ah, sí, mañana por la mañana el doctor Condor regresa de Viena, me lo ha comunicado por teléfono... Viene regularmente cada dos o tres semanas para examinarla... Si por mí fuera, no lo dejaría marchar nunca..., podría quedarse a vivir en esta casa, le pagaría lo que fuera. Pero él dice que necesita una cierta distancia de observación, para... una cierta distancia para..., sí..., ¿qué iba a decir...? Ah, sí..., o sea que vendrá mañana por la mañana y por la tarde examinará a Edith. Como siempre se quedará a cenar y regresará por la noche en el expreso. Pues bien, yo había pensado que si alguien le preguntara casualmente, alguna persona extraña, alguien no vinculado a la familia, alguien a quien él no conoce..., si le preguntara como de paso, como cuando alguien se interesa por un conocido..., le preguntara en qué consiste propiamente esta parálisis y si él cree que la niña tiene curación, curación total... ¿Me oye? Curación total, y cuánto tiempo cree que tardará... Tengo la impresión de que a usted no le mentiría... Con usted no tendría por qué andar con miramientos. Podría decirle la verdad tranquilamente... Conmigo quizá mantiene una actitud más reservada. Soy el padre, un hombre viejo y enfermo, y él sabe cómo me rompe el corazón la enfermedad de mi hija... Pero, por supuesto, usted no debe dejarle translucir que ha hablado conmigo..., debe llevar la conversación a este punto como por pura casualidad, tal como se suele preguntar a un médico... ¿Quiere...? ¿Me haría este favor? ¿Cómo podía negarme? Tenía sentado frente a mí a aquel anciano de ojos humedecidos, esperando mi “sí” como la trompeta del Juicio Final. Naturalmente se lo prometí todo. De golpe me alargó las dos manos. — Enseguida lo supe..., desde aquel día en que usted regresó y fue tan bueno con mi hija, después de... Bueno, usted ya sabe... Entonces enseguida lo supe, y me dije: éste es un hombre que me comprende, él y sólo él se lo preguntará por

mí y... le prometo, le juro, que ni antes ni después nadie lo sabrá, ni Edith, ni Condor, ni Ilona..., sólo yo sabré el favor, el inmenso favor, que me habrá prestado. —Pero ¿qué dice, señor Von Kekesfalva...? Esto no es nada, es una insignificancia. —No, no es una insignificancia..., es un favor muy grande el que me presta..., un favor muy grande y si —bajó un poco la cabeza y también la voz pareció retraerse tímidamente—... Si por mi parte pudiera hacer algo por usted..., tal vez usted tenga... Debí de hacer un gesto de sobresalto (¿quería pagarme en el acto?), pues se apresuró a añadir con aquella voz balbuceante que lo acompañaba en los momentos de fuerte emoción: —No, no me interprete mal..., no me refiero... No me refiero a nada material..., sólo a que... A que estoy bien relacionado..., conozco a mucha gente en los ministerios, también en el de la Guerra... Y siempre es bueno hoy en día tener a alguien con quien se pueda contar... A eso me refería... A todos nos puede llegar el momento... Era esto..., sólo esto..., lo que le quería decir. Me abochornó la tímida perplejidad con que me ofreció sus manos. Durante todo aquel rato no me había mirado ni una sola vez, había mantenido la cabeza baja como hablando a sus manos. Sólo en aquel momento levantó la vista inquieto, buscó a tientas las gafas que se había quitado y se las caló con dedos temblorosos. —Tal vez sea mejor —dijo después con voz queda— que volvamos ahora a la casa, si no... Si no a Edith le extrañará que tardemos tanto. Por desgracia hay que andar con mucho tiento con ella. Desde que enfermó, parece que... que sus sentidos se hayan agudizado más de lo normal. Desde su habitación sabe todo lo que ocurre en la casa..., lo adivina todo antes de que nadie lo haya dicho... Al final podría... Por esto le propongo que volvamos antes de que empiece a sospechar. Regresamos a la casa. En el salón Edith ya nos esperaba en su silla de ruedas. Al entrar nosotros, levantó su mirada gris y penetrante, como si quisiera leer en nuestras frentes gachas y algo abochornadas lo que habíamos estado hablando. Y como no le dimos indicación alguna, permaneció toda la noche notablemente taciturna y ensimismada. Ante Kekesfalva había calificado de «insignificancia» el ruego de averiguar de un médico todavía desconocido para mí y del modo más natural posible cuáles eran las posibilidades de curación de la enferma y, visto desde fuera, la tarea que me imponía era realmente una menudencia. En cambio, me resulta difícil describir cuánto significaba para mí este encargo inesperado. Nada acrecienta tanto el amor propio de un joven, nada ayuda tanto a formar su carácter, como encontrarse de improviso ante una misión que tiene que llevar a cabo contando exclusivamente con su propia iniciativa y sus propias fuerzas. Por supuesto que ya antes se me habían confiado cometidos de responsabilidad, pero siempre habían sido de carácter oficial, militar, simples prestaciones que debía ejecutar como oficial por orden de mis superiores y dentro de una esfera de influencia muy limitada, por ejemplo mandar un escuadrón, conducir un transporte, comprar caballos, zanjar disputas entre los soldados. Sin embargo, todas estas órdenes y su ejecución estaban dentro de la norma institucional. Dependían de instrucciones escritas a mano o impresas y, en caso de duda, me bastaba el consejo de un camarada más veterano y experimentado para cumplir satisfactoriamente la orden recibida. La petición de Kekesfalva, en cambio, no iba dirigida a mí como oficial, sino a aquel yo interior todavía inseguro cuyas capacidades y cuyos límites aún tenía que descubrir. Y el hecho de que este hombre, un extraño, al verse en un trance me escogiera precisamente a mí entre todos sus amigos y conocidos, esta confianza me hizo más feliz que todas las alabanzas que había recibido hasta entonces de mis superiores o de mis compañeros. Sin embargo, esta sensación de felicidad estaba hermanada con una cierta consternación, pues me hacía patente de nuevo cuán torpe y negligente había sido hasta entonces mi interés por los demás. Cómo había podido frecuentar aquella casa durante semanas y semanas sin formular la pregunta más lógica y natural: ¿la pobre muchacha será inválida toda la vida? ¿No encontrará la ciencia médica una cura para este debilitamiento de los miembros? Intolerable vergüenza: ni una sola vez había preguntado a Ilona, al padre o al médico de nuestro regimiento; había aceptado la parálisis como un hecho fatal; por esta razón la inquietud que atormentaba al padre desde hacía años me atravesó como una bala. ¿Y si ese médico pudiera liberar realmente a la muchacha de su sufrimiento? ¿Y si esas pobres piernas encadenadas pudieran volver a caminar libremente? ¿Si esa criatura estafada por Dios pudiera volver a correr escaleras arriba y abajo, perseguir su propia risa, dichosa y feliz? Esta posibilidad me embriagó de pronto; fue un placer imaginarse cómo los dos o los tres galoparíamos por los campos y ella, en vez de esperarme en su cárcel, me saludaría en el portal y me acompañaría a dar un paseo. Con impaciencia me puse a contar las horas que faltaban para sondear cuanto antes a aquel médico desconocido, con más impaciencia quizá que Kekesfalva; en mi vida ninguna misión me había parecido tan importante. Así pues, al día siguiente me presenté más temprano que de costumbre (adrede me había liberado del servicio). Esta vez me recibió Ilona sola. Me contó que el médico de Viena había llegado, que ahora estaba con Edith y parecía que la examinaba con especial detenimiento. Llevaba con ella dos horas y media y probablemente Edith estaría demasiado cansada para unirse a los demás; esta vez debería conformarme con la compañía de ella sola..., es decir, añadió, si no tiene mejores planes. De esta observación deduje, para satisfacción mía (siempre envanece compartir un secreto sólo entre dos personas), que Kekesfalva no la había puesto al corriente de nuestro acuerdo. Pero no dejé que se me notara. Jugamos al ajedrez para pasar el

tiempo, y pasó todavía un buen rato antes de que oyéramos en la habitación contigua los pasos impacientemente esperados. Al fin Kekesfalva y el doctor Condor entraron enfrascados en una animada conversación, y yo tuve que hacer un esfuerzo para disimular una cierta sorpresa, pues mi primera impresión al hallarme frente al doctor Condor fue decepcionante. Siempre que nos hablan de una persona que todavía no conocemos y nos dicen de ella muchas cosas interesantes, nuestra fantasía visual se forma de antemano una imagen suya empleando para ello con gran generosidad todo un acopio de recuerdos más valiosos y románticos. Para imaginarme a un médico genial como el que Kekesfalva me había descrito, tenía que recurrir a los rasgos esquemáticos con cuya ayuda los directores y los peluqueros de teatro mediocres ponen en escena al personaje «médico»: rostro inteligente, mirada aguda y penetrante, porte altivo, palabra brillante e ingeniosa... Irremediablemente caemos de continuo en el error de pensar que la naturaleza distingue a personas especiales con un carácter especial ya a primera vista. Por eso fue para mí como un puñetazo en el estómago cuando, sin esperarlo, tuve que saludar con una reverencia a un caballero menudo y rechoncho, corto de vista y calvo, vestido con un traje gris arrugado y manchado de ceniza, con una corbata mal anudada; en vez de la mirada que mi imaginación se había formado —una mirada de diagnóstico perspicaz—, me encontré con unos ojos apagados y algo somnolientos tras unos quevedos baratos de montura de acero. Antes de que Kekesfalva me presentara, Condor me tendió una mano pequeña y húmeda y enseguida se volvió para encender un cigarrillo junto a la mesita de fumadores. Se desperezó negligentemente. —Bueno, eso ya está. Pero tengo que confesarle sin más tardanza, mi querido amigo, que tengo un hambre atroz. Sería fantástico que pudiéramos comer algo pronto. Si la cena aún no está lista, quizá Josef podría anticiparme un bocadito, un emparedado o lo que sea. — Y dejándose caer en el sillón—: Nunca me acuerdo de que este expreso de la tarde no tiene coche restaurante. Otro ejemplo genuinamente austríaco de la negligencia del gobierno... Ah, bravo —se interrumpió cuando el criado abrió la puerta corredera del comedor—, siempre tan puntual, Josef. Ahora podré hacer los honores al jefe de cocina de la casa. Por culpa de las malditas prisas hoy no he tenido tiempo de almorzar. Y, dicho esto, se dirigió al comedor a grandes zancadas, se sentó sin esperarnos y, con la servilleta colgada de cualquier manera sobre el pecho, empezó a sorber la sopa a todo correr y, a mi juicio, con exceso de ruido. Durante esta apremiante actividad no nos dirigió la palabra a mí ni a Kekesfalva. Su única ocupación parecía ser la comida, y al mismo tiempo su mirada miope apuntaba hacia las botellas de vino. —¡Excelente... su vino de Szomorod, y además del noventa y siete! Lo recuerdo de la última vez. Sólo por él ya vale la pena el ajeteo del viaje. No, Josef, todavía no lo escancias. Mejor un vaso de cerveza, primero... Sí, gracias. Vacío la copa de un solo y largo sorbo y luego, poniéndose en el plato grandes pedazos del guiso prontamente servido, empezó a masticar sin prisa y a gusto. Como no parecía darse cuenta en absoluto de nuestra presencia, tuve tiempo para observar de reojo al comilón. Decepcionado, comprobé que aquel hombre elogiado con tanto entusiasmo tenía un rostro de lo más burgués y satisfecho, una cara de luna llena, surcada por pequeños cráteres y granos, una nariz de patata, un mentón indefinido, las mejillas rojizas y sombreadas por indicios de barba tupida, el cuello redondo y corto: en fin, exactamente el tipo que los vieneses denominan en su dialecto sumper, es decir, vulgar y trivial, que disfruta de la vida con placidez y empeño. Se había sentado cómodamente y comía a gusto; llevaba el chaleco arrugado y medio desabrochado. Poco a poco la persistente satisfacción con que masticaba me resultó un tanto irritante, quizá porque recordaba la deferencia y la cortesía con que el teniente coronel y el fabricante me habían tratado en aquella misma mesa, pero quizá también porque me asaltó la duda de que alguien que comía y bebía con tanta avidez, que siempre miraba el vino al trasluz antes de probarlo con un chasquido, fuera capaz de dar una respuesta precisa a una consulta tan confidencial. —¿Y, pues, qué hay de nuevo por aquí? ¿Cómo va la cosecha? ¿Las últimas semanas no han sido demasiado secas ni demasiado calurosas? Algo de esto he leído en el periódico. ¿Y la fábrica? ¿Han vuelto ustedes a subir los precios en el cártel del azúcar? Con estas preguntas planteadas con indolencia, diría incluso que con pereza, que en realidad no pedían respuesta alguna. Condor interrumpía de vez en cuando su impetuoso masticar y engullir; parecía ignorar con terquedad mi presencia y, a pesar de que yo había oído hablar de las típicas ordinarietas de los médicos, se apoderó de mí un cierto enojo hacia aquel personaje bonachón a la vez que grosero. El mal humor me impidió pronunciar una sola palabra. Pero nuestra presencia no lo incomodaba en absoluto, y cuando finalmente pasamos al salón, donde ya estaba servido el café, Condor se dejó caer con un suspiro de satisfacción en el sillón de enferma de Edith, provisto de toda clase de comodidades especiales, como una estantería para libros giratoria, ceniceros y un respaldo ajustable. Como el enojo vuelve a la gente no sólo maliciosa, sino también perspicaz, no pude menos de comprobar con cierta satisfacción, al verlo adoptar una postura tan perezosa, cuán cortas eran sus piernas con sus calcetines caídos y cuán blanda y fofa era su barriga, y para demostrar lo poco que me importaba llegar a conocerlo algo mejor, di la vuelta a mi sillón de tal modo que prácticamente le daba la espalda. Condor, sin embargo, indiferente por completo a mi ostensible silencio y a las idas y venidas nerviosas de Kekesfalva por el salón —el anciano erraba sin

cesar arriba y abajo como un fantasma con cigarros, mechero y coñac para comodidad del médico—, no sacó menos de tres cigarros a la vez de la caja, dejando dos de reserva junto a la taza de café y, aunque el mullido sillón se amoldaba a su cuerpo como hecho a medida, todavía no le parecía lo bastante cómodo. Se movía y removía hasta encontrar la postura más ostentosamente holgada. Sólo después de haber tomado la segunda taza de café, respiró satisfecho, como un animal ahíto. Asqueroso, asqueroso, me dije. De pronto, estiró los miembros y guiñó el ojo a Kekesfalva irónicamente. —Bueno, usted es como san Lorenzo en la parrilla. No le duele obsequiarme con buenos cigarros porque no puede esperar que le haga el informe de una vez. Pero usted ya me conoce. Sabe que no me gusta mezclar la comida con la medicina... Además, realmente estaba demasiado hambriento y cansado. Desde las siete y media de la mañana me tengo sin descanso sobre mis piernas y ya tenía la sensación de vacío no sólo en el estómago sino también en la cabeza. Pues bien —chupó lentamente el cigarro y expulsó el humo grisáceo formando volutas en el aire—, bien, amigo mío, vamos allá. Va todo muy bien. Los ejercicios de caminar, los ejercicios de estiramiento, todo va como es debido. Tal vez va todo un átomo mejor que la última vez. Como le decía, podemos estar contentos. Sólo —chupó de nuevo el cigarro—, sólo en el porte general..., en lo que llamamos el aspecto psíquico la he encontrado hoy..., pero, por favor, no se asuste tan pronto, mi querido amigo..., la he encontrado hoy algo cambiada. A pesar de la advertencia, Kekesfalva se alarmó sobremanera. Vi cómo la cuchara que tenía en la mano empezaba a temblar. —¿Cambiada...? ¿Qué quiere decir...? ¿En qué sentido? —Bueno, cambiada quiere decir cambiada... No he dicho que haya empeorado, amigo mío. Como dijo el padre Goethe, no me interprete mal por arriba ni por abajo. Por ahora ni yo mismo sé muy bien lo que pasa..., pero hay algo que no cuadra. El anciano seguía con la cuchara en la mano. Por lo visto no tenía fuerza para depositarla sobre la mesa. —¿Qué es... Qué es lo que no cuadra? El doctor Condor se rascó la cabeza. —¡Ah, si yo lo supiera! De todos modos no tiene por qué preocuparse. Al fin y al cabo hablamos en tono académico y sin hacer comedia. Prefiero decírselo de nuevo con toda claridad: no es el cuadro clínico lo que encuentro cambiado, sino algo en la enferma misma. Hoy le pasa algo, no sé qué. Por primera vez he tenido la impresión de que se me iba de la mano. —Chupó de nuevo el cigarro y luego volvió bruscamente sus vivaces ojos hacia Kekesfalva—. ¿Sabe usted?, lo mejor sería atacar el tema abiertamente. No tenemos por qué andar con reparos entre nosotros y podemos jugar a cartas vistas. Bueno, pues, amigo mío, ahora dígame clara y sinceramente: en su sempiterna impaciencia, ¿han consultado a otro médico? ¿Alguien más ha examinado o tratado a Edith durante mi ausencia? Kekesfalva se levantó precipitadamente como si lo hubieran acusado de algo monstruoso. —Pero, por el amor de Dios, doctor, le juro por la vida de mi hija... —Está bien, está bien..., no vaya a padecer de úlcera —se apresuró a interrumpirlo Condor—. Le creo igualmente. Retiro la pregunta. Peccavi! Me he equivocado, ha sido una impertinencia... Un falso diagnóstico es algo que les ocurre también a los consejeros imperiales y a los profesores. ¡Qué tontería! Hubiera jurado que... Bueno, entonces tiene que ser otra cosa..., pero es curioso, muy curioso... ¿Me permite...? Se sirvió una tercera taza de café. —Sí, pero ¿qué le pasa a mi hija? ¿Qué ha cambiado...? ¿A qué se refiere? —tartamudeó el anciano con los labios resecos. —Mi querido amigo, me lo pone muy difícil. Está de más cualquier preocupación, le doy mi palabra, mi palabra de honor. Si hubiera algo grave, no hablaría de ello ante un extraño... Oh, pardon, teniente, no quería ser descortés, quiero decir simplemente que... en tal caso no hablaría sentado cómodamente en una butaca, bebiendo su buen coñac... En verdad es un coñac excelente... Se recostó de nuevo y parpadeó un momento. —Sí, es difícil explicar así, a voz de pronto, lo que ha cambiado en ella, porque es algo que se sitúa en el borde superior o inferior de lo explicable. Pero si antes sospeché que un médico extraño se había inmiscuido en el tratamiento..., la verdad, señor Von Kekesfalva, ya no lo creo, se lo juro..., es porque hoy por primera vez algo entre Edith y yo no ha funcionado como es debido..., no había el contacto normal... Espere, tal vez pueda expresarlo de modo más claro. Quiero decir que... en un tratamiento largo surge inevitablemente un cierto... un determinado contacto entre un médico y su paciente..., quizás incluso es demasiado burdo llamar contacto a esta relación, puesto que en última instancia esta palabra viene de «tocar», alude a algo corporal. En este sentido, y por raro que parezca, la confianza se mezcla con la desconfianza, luchan entre sí atracción y repulsión, y por supuesto esta mezcla varía de una visita a otra. Estamos habituados a ello. A veces al médico el paciente le parece cambiado y otras veces es el paciente quien ve cambiado al médico; a veces se entienden con sólo la mirada, otras veces hablan sin entenderse... Sí, son curiosas, muy curiosas, estas oscilaciones entre uno y otro, no se las puede captar y menos aún medir. Quizá sea más fácil de explicar con una comparación, aun a riesgo de que la comparación resulte un tanto basta. Sucede, pues, con un paciente algo así como cuando usted ha estado varios días ausente y, al volver a casa, se pone a escribir a máquina. Al parecer, la máquina escribe igual que antes, funciona perfectamente como siempre. Sin embargo, usted nota por algo que no puede especificar que en el ínterin otra persona la ha usado. O usted, teniente, sin duda nota en su caballo, al cabo de dos días, que otro lo ha montado. Hay algo en su modo de andar, en su aire, que no concuerda del todo, ve que no le obedece, y

probablemente tampoco sabrá definir en qué consisten los cambios, tan infinitesimales son... Ya sé que son comparaciones muy toscas, pues la relación de un médico con sus pacientes es, por supuesto, mucho más sutil. Ya le he dicho que me vería en un grave aprieto, si me pedía que le explicara lo que ha cambiado en Edith desde la última vez. Pero algo..., y me exaspera no llegarlo a entender..., algo pasa, algo ha cambiado en ella. —Pero... ¿cómo se manifiesta ese algo? —preguntó Kekesfálva jadeando. Vi que todos los juramentos de Condor no conseguían tranquilizarlo, y su frente brillaba de sudor. —¿Que cómo se manifiesta? Pues en pequeños detalles, en imponderables. En los ejercicios de estiramiento he notado que me oponía resistencia incluso antes de que empezara propiamente a examinarla. Se ha rebelado: «Es inútil, igual que siempre.» Otras veces, en cambio, esperaba impaciente el resultado. Después, cuando le he propuesto unos determinados ejercicios, ha hecho observaciones necias como «Ah, esto tampoco servirá», o «Con esto tampoco avanzamos mucho». Admito que tales observaciones en sí carecen de importancia..., mal humor, nervios sobreexcitados..., pero hasta ahora, amigo mío, Edith nunca me había dicho nada por el estilo. Bueno, quizá se trate sólo de mal humor..., puede ocurrirle a cualquiera. —Pero ¿verdad que... el cambio no ha sido a peor? —¿Cuántas palabras de honor tendré que poner sobre la mesa? Si hubiera empeorado lo más mínimo, yo como médico estaría tan preocupado como usted como padre, y ya ve que no lo estoy en absoluto. Al contrario, esta rebeldía no me disgusta en absoluto. De acuerdo que su hija se comporta de modo más irritable, adusto e impaciente que hace unas semanas, probablemente también a usted le da más de un hueso que roer. Pero, por otro lado, esta sublevación denota también un cierto aumento del deseo de vivir y de curarse: cuanto con más fuerza y con más normalidad empieza a funcionar un organismo, con tanta más vehemencia quiere poner fin de una vez a su enfermedad. Créame, no queremos a los «buenos» pacientes, a los obedientes, tanto como usted se imagina. Son los que menos nos ayudan. Preferimos una voluntad rebelde, enérgica e incluso furiosa por parte del enfermo, pues por extrañamiento que parezca estas reacciones en apariencia poco razonables a veces producen mayor efecto que nuestros más sabios medicamentos. Así pues, le repito una vez más que no estoy en absoluto preocupado. Si ahora, por ejemplo, se quisiera empezar con ella una cura nueva, se le podría exigir cualquier esfuerzo. Tal vez incluso sería ahora el momento oportuno de hacer entrar en juego las energías psíquicas, que precisamente en su caso son de una importancia decisiva. No sé —levantó la cabeza y nos miró— si me comprenden. —Claro que sí —dije yo sin querer. Eran las primeras palabras que le dirigía. Todo aquello me parecía perfectamente natural y claro. Pero el anciano no salía de su estupefacción. Seguía ensimismado y con la mirada completamente vacía. Me daba cuenta de que no había entendido nada de lo que Condor nos había explicado, porque en el fondo no quería entenderlo, porque toda su atención y temor estaban concentrados en el resultado final: ¿se curará? ¿Pronto? ¿Cuándo? —Pero ¿qué cura? —dijo tartamudeando y balbuciendo como siempre que se alteraba—. ¿Qué cura nueva?... Usted hablaba de una cura nueva... ¿Qué cura nueva quiere probar? Comprendí enseguida que se aferraba a la palabra «nueva», porque veía en ella una nueva esperanza. —Amigo mío, deje a mi cargo lo que yo vaya a tratar de hacer y cuando lo haga... Por favor, no me atosigue, no quiera siempre conseguir por la fuerza lo que no se puede conseguir por arte de magia. Nuestro «caso», como se denomina entre nosotros de este modo tan antipático, es y será la mayor de mis preocupaciones. Terminaremos con él. El anciano miraba mudo y abatido. Vi cómo a duras penas se contenía para no formular de nuevo una de sus preguntas absurdamente obstinadas. También Condor debió de haber percibido algo de esta presión silenciosa, pues de pronto se levantó. —Y por hoy damos por zanjada esta cuestión, ¿verdad? Les he hablado de mi impresión, todo lo demás son cuentos y monsergas... Incluso si en los próximos días Edith se vuelve todavía un poco más irritable, no se asuste enseguida, ya vendré yo a comprobar qué tornillo se ha aflojado. Usted sólo tiene que hacer una cosa: no rondar alrededor de la enferma tan azorado y temeroso. Y, en segundo lugar, cuide mejor sus propios nervios. Tiene el semblante pálido y temo que de tanto atormentarse y calentarse la cabeza se va a deprimir más de lo que pueda justificar ante su hija. Comenzará por acostarse hoy pronto y tomar unas gotas de valeriana antes de irse a la cama, para mañana levantarse fresco y descansado. ¡Se ha terminado la consulta por hoy! Acabará de fumarme el cigarro y me pondré en camino. —¿De veras... ¿De veras quiere irse ya? El doctor Condor se mantuvo firme: —Sí, mi querido amigo, basta por hoy. Esta noche me queda todavía un último paciente, algo maltrecho, al que he prescrito un largo paseo. Tal como me ve, estoy en pie desde las siete y media ininterrumpidamente, he pasado la mañana metido en el hospital, tuvimos un caso curioso, se trataba de... Pero no hablemos de esto... Después en el tren, luego aquí, y los médicos de vez en cuando tenemos que ventilar los pulmones para mantener la cabeza despejada. De modo que hoy, por favor, nada de automóvil, prefiero ir paseando. Hay una magnífica luna llena. Por supuesto no voy a robarle al teniente, seguro que todavía le hará un poco de compañía, si quiere seguir levantado a pesar de la prohibición médica. Pero entonces recordé mi misión. —No —me apresuré a decir—, mañana tengo que entrar en servicio más temprano que de costumbre. Hace rato que debería haberme despedido. —Pues, si le parece bien, emprendaremos juntos la marcha.

Entonces, por primera vez, una chispa brilló en la mirada cenicienta de Kekesfalva. ¡El encargo! ¡Preguntar! ¡Averiguar! También él se acordó. —Y yo enseguida me voy a la cama —dijo con inesperada docilidad, guiñándome el ojo a escondidas de Condor. La advertencia era innecesaria, el pulso de mi mano golpeaba con fuerza contra el puño de la camisa. Sabía que en este momento comenzaba mi misión. Apenas hubimos salido por la puerta, Condor y yo nos quedamos parados instintivamente en el peldaño superior de la escalinata, porque el jardín ofrecía un aspecto extraordinario. Durante las horas que habíamos pasado excitados dentro de la casa a ninguno de nosotros se le había ocurrido mirar por la ventana; ahora nos sorprendió un cambio total. Una luna llena gigantesca, como un disco de plata brillantemente pulido, pendía en medio de un cielo cuajado por completo de estrellas, y en tanto que el aire caldeado tras un radiante día de sol nos envolvía, aquel brillo deslumbrador parecía haber traído al mundo un invierno mágico. La grava resplandecía como nieve recién caída entre las dos hileras de árboles recortados en línea recta que con su negra sombra flanqueaban el camino; los árboles se erguían con una rigidez sin aliento, reflejándose ora en la luz ora en la oscuridad, como caoba y cristal. No recuerdo haber visto la luz de la luna con una sensación tan fantasmagórica como allí, en la calma e inmovilidad absolutas de aquel jardín anegado en el resplandor gélido y fluctuante; era tan engañoso el hechizo de aquella luz aparentemente invernal, que sin querer pisamos inseguros la brillante escalinata, como si fuera de cristal resbaladizo. Pero cuando caminamos a lo largo de la avenida de grava, bañada por la nívea luz crepuscular, de pronto ya no éramos dos, sino cuatro, pues nos precedían nuestras sombras, perfectamente modeladas por el intenso claro de luna. Sin querer, tenía que contemplar los dos tenaces compañeros negros que como siluetas errantes dibujaban delante de nosotros cada uno de nuestros movimientos y me tranquilizó un poco —a veces percibimos nuestras sensaciones con actitud curiosamente infantil— ver que mi sombra era más larga, más delgada y casi podría decir que «mejor» que la de mi acompañante, rechoncha y corta. Gracias a esta superioridad —ya sé que se necesita bastante valor para confesarse a sí mismo semejante simpleza— me sentí más seguro. Y es que las casualidades más peregrinas determinan las reacciones del alma y precisamente las circunstancias externas más nimias fortalecen o disminuyen nuestro valor. Llegamos hasta la puerta enrejada sin pronunciar palabra. Para cerrarla tuvimos forzosamente que volvernos hacia atrás. La fachada de la casa resplandecía como pintada con fósforo azul, parecía un bloque de hielo reluciente, y la exaltada luz de la luna era tan deslumbrante, que no se podía distinguir qué ventanas estaban iluminadas por dentro y cuáles por fuera. Sólo el golpe seco de la aldaba al cerrar la puerta rompió el silencio; como si este ruido terrenal en medio del espectral silencio le hubiera infundido ánimos. Condor se volvió hacia mí con una naturalidad que yo no había esperado. —Pobre Kekesfalva. Llevo todo el rato reprochándome que tal vez haya sido demasiado brusco con él. Ya sé, por supuesto, que hubiera preferido retenerme todavía unas cuantas horas más y preguntarme mil cosas o, en realidad, la misma cien veces. Pero, francamente, yo ya no podía más. Ha sido un día duro, enfermos de la mañana a la noche, y, además, todos ellos casos en los que no se avanza. Mientras, habíamos entrado en la alameda, cuyos árboles unían sus ramas en una malla de sombra que no permitía pasar la luz de la luna. Con tanta más claridad brillaba la nívea grava en medio del camino, y nosotros seguimos este deslumbrante reguero de luz. Yo sentía demasiado respeto para contestar, pero Condor no parecía darse cuenta siquiera de mi presencia. —Y luego hay días en que, la verdad, ya no soporto su insistencia. ¿Sabe usted?, lo difícil de nuestra profesión no son los enfermos; con el tiempo uno aprende a tratarlos, se adquiere técnica. Y, a la postre, si los pacientes se quejan, preguntan e insisten, eso es tan propio de su estado como la fiebre o el dolor de cabeza. Contamos de antemano con su impaciencia. Estamos preparados y armados para ello, y todos tenemos frases y mentirijillas tranquilizantes tan a punto como somníferos y analgésicos. Pero nadie nos amarga tanto la vida como los parientes, los allegados, que se inmiscuyen entre el médico y el paciente y siempre quieren saber «la verdad». Actúan como si en aquel momento aquella persona fuera el único enfermo en la tierra y uno tuviera que cuidarla sólo a ella, sólo a ella. No tomo a mal en absoluto las preguntas de Kekesfalva, pero, ¿sabe usted?, cuando la impaciencia se hace crónica, a veces a uno le empieza a flaquear la paciencia. Le he explicado cien veces que ahora tengo un caso difícil en la ciudad, que es cuestión de vida o muerte. Y, a pesar de que lo sabe, me llama por teléfono todos los días, insistiendo una y otra vez, para conseguir alguna esperanza cueste lo que cueste. Y al mismo tiempo sé como médico que este desasosiego es fatal para su salud, me preocupa mucho más de lo que él se imagina. Por suerte no sabe lo mal que están las cosas. Me asusté. ¡La situación, pues, es grave! Condor me dio clara y espontáneamente la información que quería obtener de él con argucias. Con profunda inquietud le interrumpí: —Perdone, doctor, pero comprenderá usted que esto me preocupa... No tenía idea de que Edith estaba tan mal.. —¿Edith? —Condor se volvió hacia mí estupefacto. Parecía darse cuenta por primera vez de que hablaba con otra persona—. ¿Por qué dice Edith? Yo no he dicho nada de Edith... Me ha entendido mal... No, no, en realidad el estado de Edith es estacionario, por desgracia sigue siendo estacionario. Es Kekesfalva quien me preocupa, y cada vez más. ¿No le ha llamado la atención cómo ha cambiado en los últimos meses, qué mal aspecto tiene, cómo

desmejora de una semana a otra? —Yo, claro, eso no puedo juzgarlo..., sólo hace unas semanas que tengo el honor de conocer al señor Von Kekesfalva y... —¡Ah, sí, es cierto! Perdona usted..., en este caso no puede haberlo apreciado, claro... Pero yo, que lo conozco desde hace años, la verdad es que hoy me he llevado un buen susto cuando por casualidad he visto sus manos. ¿No se ha fijado que son transparentes y están descarnadas?... Mire usted, cuando uno ha visto muchas manos de muertos se sorprende y se siente aterrado al encontrarse con esa especie de color azulado en la mano de una persona viva. Y luego... no me gusta su sensibilidad siempre a flor de piel: a la mínima se le humedecen los ojos, la más pequeña congoja le apaga el color de la cara. Ese abandono es más grave precisamente en hombres que como Kekesfalva toda la vida han sido decididos y enérgicos. Por desgracia no augura nada bueno que hombres duros se vuelvan de pronto blandos..., no, y ni siquiera me gusta verlos convertidos de golpe en personas afables y bondadosos. Algo falla, hay algo en su interior que no funciona. Naturalmente, hace tiempo ya que tengo la intención de hacerle un reconocimiento a fondo..., lo malo es que no me atrevo a abordarlo, pues. Dios mío, insinuarle ahora que también él está enfermo y que podría morir, dejando a su hija tullida... ¡es impensable! Ya está minando bastante su salud con esa eterna obsesión, con esa delirante impaciencia... No, no, teniente, me ha entendido mal..., no es Edith, sino él, quien más me preocupa... Temo que el anciano no va a durar mucho. Me quedé de una pieza. Nunca lo hubiera imaginado. Tenía yo entonces veinticinco años y no había visto morir a nadie cercano. Por eso me costaba hacerme a la idea de que alguien con quien había compartido la mesa, con quien había hablado y bebido, mañana mismo podía yacer rígido en su mortaja. Al mismo tiempo una punzada repentina en el corazón me hizo ver que había cogido verdadero cariño a aquel anciano. Perplejo y conmovido, no quería replicar cualquier cosa. —Terrible —dije, embargado por la emoción—, sería terrible. Un hombre tan distinguido, tan generoso y bueno... realmente el primer noble húngaro auténtico que he conocido... Pero entonces ocurrió algo sorprendente. Condor se detuvo de modo tan brusco, que sin querer mis pies también se pararon. Me miró fijamente; sus gafas relampaguearon al volverse hacia mí en un movimiento repentino. Después de tomar aliento una o dos veces, me preguntó perplejo: —¿Un noble...? ¿Y, además, auténtico, dice...? ¿Kekesfalva? Perdona usted, mi querido teniente..., pero ¿lo dice realmente en serio... eso de un auténtico noble húngaro? No comprendí del todo la pregunta. Pero tuve la sensación de haber dicho una tontería. De modo que contesté cohibido: —Sólo puedo juzgar por mí mismo, y en mi presencia el señor Von Kekesfalva se ha mostrado en toda ocasión del modo más afable y distinguido... En el regimiento siempre nos han pintado a los nobles húngaros como gente más bien arrogante..., pero yo... Yo no había conocido a un hombre más bondadoso... Callé, porque noté que Condor me seguía mirando atentamente de reojo. Su cara redonda brillaba a la luz de la luna, los dos cristales de las gafas resplandecían enormes, y tras ellos percibí borrosos sus inquisitivos ojos; esto me produjo la impresión de ser yo un insecto agitando bajo una potente lupa. Situados el uno frente al otro en mitad de la carretera, completamente vacía, debíamos ofrecer un extraño cuadro. Luego Condor agachó la cabeza y se puso a andar de nuevo, murmurando como para sí mismo: —Realmente... es usted... un hombre curioso. Perdona, no lo digo en sentido peyorativo, pero la verdad es que resulta curioso, tiene que admitirlo, curioso y raro... Tengo entendido que visita la casa desde hace unas semanas. Además, vive en una pequeña ciudad, en un gallinero, donde se cacarea no poco... y toma a Kekesfalva por un magnate... ¿No ha oído jamás de sus camaradas ciertas observaciones..., no diré desfavorables..., pero, en fin, observaciones acerca de su nobleza en el sentido de que no hay para tanto...? Por fuerza tiene que haber oído algún comentario. —No —contesté con energía y me di cuenta de que empezaba a enojarme (no es una sensación agradable que le llamen a uno «curioso» y «raro»)—. Lo siento, pero no tolero que nadie me venga con chismorreos. Nunca he hablado con ninguno de mis camaradas sobre el señor Von Kekesfalva. —Curioso —murmuró Condor—. Muy curioso. Siempre creí que él exageraba cuando me lo describía a usted. Y le diré francamente, porque parece que hoy es mi día de diagnósticos equivocados, que desconfiaba un poco de su entusiasmo... Me costaba creer que usted vino de visita sólo a causa de aquel incidente durante el baile y que volvió una y otra vez... por pura simpatía y compasión. Usted no sabe hasta qué punto explotan al pobre anciano... Yo me había propuesto, ¿por qué no decirselo?, averiguar qué le trae realmente por esta casa. Pensaba de usted que era..., ¿cómo decirlo de un modo cortés?... un joven con pretensiones que venía a esquilarlo o, si he de serle sincero, un hombre interiormente muy joven, pues lo trágico y lo peligroso sólo ejerce una atracción tan notable en los jóvenes. Por lo demás, este instinto de los muy jóvenes suele ser acertado y usted se dio perfectamente cuenta de que Kekesfalva es en verdad un hombre muy especial. Sé muy bien lo que se le puede reprochar y por eso encontré un tanto gracioso, perdona usted, que lo calificara de noble. Pero haga caso de alguien que lo conoce mejor que nadie: no tiene por qué avergonzarse de su amistad con él y con la pobre niña. Por más cosas que le cuenten, no se deje engañar, nada tiene relación real con el hombre enternecedor y amable que es el Kekesfalva de hoy. Condor hablaba mientras caminaba, sin mirarme; al cabo de un rato moderó el paso de nuevo. Comprendí que daba vueltas a algo en

la cabeza y no quise estorbarle. Seguimos andando en silencio el uno al lado del otro durante cuatro o cinco minutos; un carro se acercaba en sentido opuesto y nos hicimos a un lado; el carretero miró con curiosidad a la extraña pareja, un teniente al lado de un caballero bajito, rechoncho y con gafas, que paseaba en silencio por la carretera a altas horas de la noche. Dejamos pasar el carro y entonces, de repente, Condor se volvió hacia mí: —Escuche, teniente, las cosas medio hechas y las alusiones medio dichas siempre perjudican; todo lo malo de este mundo viene de las medias tintas. Mis labios quizá ya han hablado demasiado y de ningún modo quisiera irritar sus buenos sentimientos. Por otro lado, ya he despertado lo bastante su curiosidad para que acuda a otros en busca de información, y temo que por desgracia no siempre le cuenten la verdad. Al fin y al cabo resulta prácticamente imposible frecuentar una casa sin saber a la larga quiénes la habitan..., quizás en el futuro tampoco podrá usted hacerlo con suficiente naturalidad. De modo que, si de verdad le interesa saber algo de nuestro amigo, con mucho gusto me pondré a su disposición, teniente. —Claro que me interesa. Condor sacó el reloj. —Las once menos cuarto. Tenemos todavía dos horas, mi tren no sale hasta la una y veinte. Pero no creo que la carretera sea un buen lugar para hablar de estas cosas. Tal vez sepa usted de algún rincón tranquilo para conversar cómodamente. Reflexioné un momento. —El mejor sitio es la Taberna Tirolés de la Erzherzog Friedrich-Strasse. Allí hay pequeños reservados donde nadie nos molestará. —Magnífico. Justo lo que necesitamos —contestó y volvió a acelerar el paso. Sin intercambiar más palabras llegamos al final de la carretera. Pronto apareció a la luz de la luna la primera calle con casas de la ciudad y una feliz casualidad quiso que no encontráramos a ninguno de mis camaradas en las calles ya completamente desiertas. No sé por qué, pero me hubiera resultado desagradable que al día siguiente me preguntasen acerca de mi acompañante. Desde que me había visto envuelto en aquel extraño embrollo, ocultaba temeroso cualquier hilo que pudiera indicar una entrada al laberinto del que tenía la sensación de que me atraía a profundidades cada vez más misteriosas. Aquella Taberna Tirolés era un local pequeño y acogedor, con un punto de mala reputación. Situada en una callejuela sinuosa y antigua, formaba parte, aunque separada, de una fonda de segunda o tercera categoría, muy estimada en nuestros círculos por la complaciente falta de memoria del portero, quien, a propósito, se olvidaba de importunar a los huéspedes que pedían una habitación doble —también de día— con la hoja de registro exigida por la policía. Otra medida para garantizar la discreción de las horas de idilio más o menos largas era la circunstancia bien calculada de que, para llegar a aquellos nidos de amor, no hacía falta utilizar la llamativa entrada principal (una ciudad pequeña tiene mil ojos), sino que se podía subir directamente por la escalera desde la taberna y acceder así a la discreta meta sin llamar la atención. En este local dudoso, eran impecables, en cambio, los vinos de cereales de Terlan y los moscateles que se servían en la sala de abajo; todas las noches se congregaban y se instalaban cómodamente allí los ciudadanos en torno a las pesadas mesas de madera sin mantel, y tomando unas copas, discutían más o menos acaloradamente los temas obligados del municipio y del mundo. Alrededor de este espacio cuadrangular y un tanto vulgar, reservado a los honrados bebedores, que no buscaban en él otra cosa más que su vino y la lánguida compañía de los amigos, se habían construido una galería de los así llamados «reservados», un peldaño más altos, aislados entre sí por paredes de madera bastante gruesas y a prueba de ruidos, adornados además con superfluos pirograbados y brindis simplones. Gruesas cortinas separaban tan completamente las ocho cabinas del espacio central, que casi se las hubiera podido llamar *chambres séparées*, y hasta cierto punto para eso servían. Si oficiales o voluntarios de la guarnición querían divertirse con un par de chicas de Viena sin ser vistos, reservaban uno de esos palcos y, según dicen, incluso nuestro coronel, por lo general tan disciplinado, aprobaba expresamente estas sabias medidas, porque impedían a los civiles fisgonear en la vida alegre de sus muchachos. La discreción imperaba también en las prácticas internas como ley suprema: por orden expresa del propietario, un tal Ferleitner, las camareras ataviadas con el traje regional tirolés tenían la orden estricta de no levantar nunca las sagradas cortinas sin antes carraspear sonoramente ni de molestar a los señores militares de cualquier otro modo antes de que las hubieran llamado ellos con la campanilla. Así se protegía a la perfección la dignidad del ejército a la vez que su entretenimiento. No debía de figurar a menudo en los anales de aquella taberna el que alguien quisiera utilizar un reservado sólo para hablar con tranquilidad. Pero a mí me resultaba enojoso que las explicaciones que el doctor Condor había prometido darme fueran interrumpidas por el saludo o la curiosidad de algún compañero o que tuviera que levantarme y ponerme firme a la llegada de un superior. Me desagradó incluso tener que atravesar el local al lado de Condor —¡qué risas mañana cuando se sepa que me he metido en uno de esos reservados íntimos a solas con un obeso desconocido!—, pero ya al entrar comprobé con gran satisfacción que allí reinaba el vacío propio de una pequeña guarnición a fin de mes. No había nadie de nuestro regimiento y teníamos a nuestra disposición todos los reservados. Condor encargó de inmediato dos litros de vino blanco con el manifiesto propósito de impedir que la camarera volviera de nuevo, pagó en el acto y dio a la muchacha una propina tan generosa, que ésta desapareció para siempre con un agradecido «¡Que aproveche!». Cayó la cortina y sólo de vez en cuando nos llegaban algunas

palabras o risas indistintas de las mesas del centro. Nos encontrábamos perfectamente aislados y resguardados en nuestra celda. Condor escanció; primero llenó mi copa y después su vaso. Sus movimientos un tanto pausados revelaban que estaba preparando de antemano en su interior todo cuanto me quería contar (y quizá también lo que pensaba callar). Cuando se volvió hacia mí, había desaparecido completamente de su rostro aquel aspecto tardo y somnoliento, y su mirada estaba del todo concentrada. —Será mejor que empecemos por el principio y que de momento dejemos de lado al noble señor Lajos von Kekesfalva, pues por aquel entonces no existía todavía. No había ningún terrateniente de levita negra y gafas doradas, no había ningún noble ni magnate. Sólo había, en un miserable pueblo de la frontera húngaro-eslovaca, un pequeño muchacho judío, de pecho estrecho y ojos penetrantes, que se llamaba Leopold Kanitz y al que creo que todos llamaban Lämmel Kanitz, Borreguito Kanitz. Debí levantarme de golpe o denotar de otro modo mi sorpresa, pues esperaba cualquier cosa menos esto. Pero Condor prosiguió sonriente y con toda naturalidad: —Sí, Kanitz, Leopold Kanitz, yo no lo puedo remediar. Sólo mucho más tarde, y a petición de un ministro, se magiarizó el nombre de un modo tan sonoro y lo adornó además con una partícula nobiliaria. Probablemente a usted no se le ocurrió pensar que un hombre con influencia y bien relacionado, que vive aquí desde hace tiempo, puede hacerse una *peau neuve*, magiarizarse el nombre e incluso adquirir título nobiliario. Al fin y al cabo, ¿cómo podía saberlo un joven como usted? Además, ha bajado mucha agua por el Leitha desde que aquel braguillas, aquel avisado y pícaro mozalbete judío, cuidaba allá los caballos o los carros de los campesinos mientras sus dueños empuñaban el codo en la taberna, o llevaba a casa las cestas de las verduleras a cambio de un capazo de patatas. »Así pues, el padre de Kekesfalva o, mejor dicho, de Kanitz, no era un magnate, sino el arrendatario judío, desarrapado y de ensortijadas sienes, de una taberna situada en la carretera en las afueras del pueblo. Los leñadores y los cocheros se detenían allí por la mañana y por la tarde para calentarse con uno o más vasos de aguardiente de setenta grados, antes o después del viaje a través de los gélidos Cárpatos. A veces, el fuego líquido les calentaba demasiado los sentidos y entonces rompían sillas y vasos, y en uno de aquellos alborotos el padre de Kanitz sufrió una herida mortal. Unos campesinos que volvían borrachos del mercado habían empezado una pelea y, cuando el tabernero quiso separarlos para proteger su miserable establecimiento, uno de ellos, un hombretón, lo empujó hacia un rincón con tanta fuerza, que el pobre quedó allí tendido y gemebundo. A partir de aquel día escupió sangre y al cabo de un año murió en el hospital. No dejó dinero, y la madre, mujer esforzada, tuvo que ganarse la vida y la de sus hijos pequeños haciendo de lavandera y de comadrona. Además, vendía baratijas por las calles y Leopold le llevaba los paquetes a cuestras. El muchacho arrebañaba cuatro cuartos donde podía: haciendo de mozo recadero para un comerciante, llevando mensajes de pueblo en pueblo. A una edad en la que los otros niños se divierten todavía jugando a canicas, él ya sabía exactamente lo que cuesta todo, dónde y cómo se compra y se vende, cómo hacerse útil e indispensable; y todavía encontró tiempo para aprender más cosas. El rabino le enseñó a leer y escribir, y él era tan vivo y despierto, que a los trece años ya pudo trabajar en ocasiones como escribiente de un abogado y redactar a cambio de unas monedas las solicitudes y los formularios de impuestos para los pequeños comerciantes. Para ahorrar la luz (cada gota de petróleo significaba un despilfarro para aquella casa miserable) pasaba las noches sentado junto a la lámpara de señales próxima a la garita del guardagujas (el pueblo no tenía estación) estudiando los periódicos rotos que otros habían tirado. Ya entonces los ancianos de la comunidad meneaban sus barbas en señal de aprobación y profetizaban que aquel mozalbete llegaría a ser alguien. »No sé cómo se las arregló para escaparse de aquel pueblo eslovaco y llegar a Viena, pero cuando a sus veinte años apareció por estos alrededores, ya era agente de una prestigiosa compañía de seguros y, de acuerdo con su modo de ser laborioso e infatigable, añadió a esa actividad oficial otros cien pequeños quehaceres. Se convirtió en lo que en Galitzia se llama "factor", alguien que trafica con todo, lo agencia todo y tiende puentes donde haga falta entre la oferta y la demanda. »Al principio se le toleraba. La gente pronto empezó a notar su presencia e incluso a servirse de él, pues sabía de todo y entendía de todo. Si una viuda buscaba casar a su hija, él se apresuraba a improvisar de casamentero; si alguien quería emigrar a América y para ello necesitaba referencias y documentos, Leopold se los reunía. Además, compraba ropa vieja, relojes, antigüedades, tasaba y canjeaba campos de cultivo, mercancías y caballos, y si un oficial necesitaba una fianza, él se la procuraba. De año en año se ampliaban sus conocimientos a la vez que se ensanchaba su esfera de actividades. »Con una laboriosidad tan tenaz e infatigable se gana mucho. Pero las auténticas fortunas sólo se consiguen gracias a una determinada relación entre gastos e ingresos, entre debe y haber. Pues bien, en esto consistió el otro misterio del auge de nuestro amigo Kanitz: que durante todos aquellos años no gastó prácticamente nada, excepto para ayudar a toda una serie de parientes y subvencionar los estudios de su hermano. Las únicas adquisiciones importantes que se permitió para su persona fueron una levita negra y las gafas de metal sobredorado que usted ya conoce y que le daba entre los campesinos un aspecto de "hombre letrado". Pero cuando ya hacía tiempo que era acaudalado, por precaución seguía haciéndose pasar por simple agente. La palabra

"agente" es maravillosa, una amplia capa con la que se puede ocultar todo lo que se quiera, y Kekesfalva escondía en ella sobre todo el hecho de que hacía tiempo que había dejado de ser intermediario para convertirse en capitalista y empresario. Para él era mucho más importante y acertado hacerse rico que pasar por rico (como si hubiera leído los sabios paralipómenos de Schopenhauer sobre lo que uno es o simplemente representa). »De todos modos, el que alguien que es a la vez afanado, listo y ahorrador a la corta o a la larga se haga rico no me parece digno de un estudio filosófico especial, y tampoco admirable; al fin y al cabo los médicos sabemos mejor que nadie que en los momentos decisivos la cuenta corriente de poco le sirve a uno. Lo que sí me impresionó de nuestro Kanitz desde el principio es su voluntad realmente demoníaca para acrecentar, junto con su fortuna, también sus conocimientos. Las noches enteras en el tren, cada momento libre en el coche, en la fonda, en el camino, leía y aprendía. Estudiaba todos los libros de leyes, el derecho mercantil tanto como el industrial, para ser su propio abogado, seguía las subastas de Londres y de París como un anticuario profesional y estaba versado en todas las inversiones y transacciones como un banquero; la consecuencia lógica fue que sus negocios crecieran poco a poco cada vez en mayor escala. De los campesinos pasó a los arrendatarios, de los arrendatarios a los grandes terratenientes aristócratas; pronto gestionó la venta de cosechas enteras y de bosques, abasteció fábricas, fundó consorcios, finalmente consiguió incluso pedidos de suministros para el ejército y a partir de entonces se pudo ver cada vez más a menudo la levita negra y las gafas doradas en las salas de espera de los ministerios. Pero en este país la gente le seguía considerando un insignificante agente (y eso que por entonces había amasado ya una fortuna de un cuarto de millón de coronas o quizá de medio millón) y respondiendo al saludo de "el" Kanitz en la calle con gran indiferencia, hasta que dio el gran golpe y Lämmel Kanitz se convirtió en el señor Von Kekesfalva. Cándor se interrumpió. —Bueno, todo lo que le he contado hasta ahora lo sé de segunda mano. Pero esta última historia la sé por boca de él mismo. Me la contó la noche en que, después de la operación de su esposa, esperamos en una habitación del sanatorio desde las diez de la noche hasta el amanecer. A partir de aquí puedo responder de cada palabra, pues en tales momentos no se miente. Cándor bebió un pequeño trago lenta y pensativamente antes de encender un nuevo cigarro; creo que era el cuarto de la noche y me llamó la atención que fumara tanto. Empecé a comprender que esa actitud tan manifestamente jovial y relajada que adoptaba como médico, su lento modo de hablar y su aparente indolencia eran una técnica especial para, entretanto, reflexionar con más tranquilidad (y quizá también para observar). Tres o cuatro veces sus labios gruesos, medio dormidos, dieron una calada, mientras él seguía las volutas de humo con la mirada y un interés casi soñador. Luego, de golpe, cobró un nuevo impulso. —La historia de cómo Leopold o Lämmel Kanitz se convirtió en dueño y señor Von Kekesfalva empieza en un tren de pasajeros de Budapest a Viena. A pesar de sus ya cuarenta y dos años y de su cabello entrecano, en aquella época nuestro amigo solía pasar las noches viajando..., los avaros economizan también el tiempo..., y no hace falta recalcar que viajaba exclusivamente en tercera. La larga experiencia le había enseñado cierta técnica para viajar de noche. Primero extendía sobre el duro banco de madera una manta escocesa que había adquirido barata en una subasta. A continuación, colgaba cuidadosamente su inevitable levita negra en un gancho para que no se arrugara, guardaba las gafas doradas en el estuche, sacaba de una bolsa de tela (nunca llegó a comprarse una maleta de cuero) una vieja bata acolchada y finalmente se cubría la cara con la gorra para que la luz no le diera en los ojos. Así pertrechado, se arrebujaba en un rincón del coche, acostumbrado desde hacía tiempo a dormir también sentado. Desde niño, el pequeño Lämmel había aprendido que no hacía falta ninguna cama para pasar la noche ni ninguna comodidad para dormir. »En esta ocasión, sin embargo, nuestro amigo no se durmió, pues en el compartimento viajaban otras tres personas y hablaban de negocios. Y cuando alguien hablaba de negocios, Kanitz no podía dejar de escuchar. Su afán de aprender había disminuido con los años tan poco como su codicia; eran como las dos mitades de unas tenazas, unidas por un tornillo. »En realidad estaba ya muy a punto de adormilarse, pero la palabra clave que lo despertó de repente como a un caballo cuando oye la trompeta fue un número: »—Figúrense ustedes, este chambón ha ganado sesenta mil coronas de golpe por una estupidez de campeonato. »—¿Qué? ¿Sesenta mil? ¿Quién ha ganado sesenta mil? »En un instante Kanitz estuvo completamente despierto, como si una ducha helada le hubiera borrado el sueño de los ojos. Tenía que averiguar quién había ganado sesenta mil coronas y cómo. Por supuesto se guardó muy bien de que los otros tres pasajeros notaran su interés. Al contrario: se caló la gorra en la frente para que la sombra le tapara del todo los ojos y los otros creyeran que dormía; al mismo tiempo, se les fue acercando poco a poco, aprovechando hábilmente las sacudidas del coche, para no perder ni una sola palabra con el traqueteo de las ruedas. »El joven que hablaba con tanta vehemencia y había emitido el indignado toque de trompeta gracias al cual Kanitz se había espabilado resultó ser el escribiente de un abogado vienés, y la enorme irritación por la chiripa de su jefe le hacía perorar excitado: »—¡Y eso que el chapucero lo estropeó todo! Por culpa de una estúpida citación, que a lo más le reportó cincuenta coronas, llegó con un día de retraso a Budapest, y entretanto la idiota se dejó embaucar hasta las orejas. Todo había salido a pedir de boca: un

testamento irreprochable, los mejores testigos suizos, dos dictámenes médicos irrefutables certificando que la Orosvár se encontraba en plena posesión de sus facultades mentales en el momento de redactar el testamento. El atajo de bribones de sobrinos segundos y pseudoparientes políticos no recibiría un céntimo, a pesar de los escandalosos artículos que su abogado había publicado en los periódicos vespertinos, y el burro de mi jefe estaba tan convencido de que, como la vista oral no se celebraría hasta el viernes, podía regresar tan tranquilo a Viena para aquella estúpida citación. Entretanto, ese astuto bribón de Wiezner, el abogado de la parte contraria, se le acerca, le hace una visita amistosa, y la muy boba se pone histérica: "Pero si yo no quiero tanto dinero, sólo quiero vivir en paz", parodió el abogado, imitando un dialecto norteño. ¡Sí, paz, ahora ya la tiene, y los otros, a cambio de nada, tienen las tres cuartas partes de su herencia! Sin esperar a que llegara mi jefe, la imbécil firma un acuerdo, el acuerdo más estúpido e insensato desde Joriget. El plumazo le costó por lo menos medio millón. »Y ahora preste atención, teniente. —Condor se volvió hacia mí—. Durante toda esta filípica nuestro amigo Kanitz permaneció en silencio, como un erizo enroscado, en su rincón, con la gorra calada casi hasta las cejas, pegado como una lapa a todo cuanto se decía. Enseguida comprendió de qué se trataba, pues el proceso Orosvár (empleo aquí un nombre falso, pues el verdadero es demasiado conocido) ocupaba los titulares de todos los periódicos húngaros y fue en verdad un asunto que levantó una gran polvareda. Se lo contaré en pocas palabras. »La vieja princesa Orosvár, mujer riquísima procedente de algún lugar de Ucrania, había sobrevivido treinta y cinco años por lo menos a su marido. Tenaz como el cuero y más mala que una sabandija, desde que sus dos únicos hijos murieron de differia en una misma noche, odiaba con toda el alma a todos los demás Orosvár porque habían sobrevivido a sus pobres criaturas. Creo muy probable que llegara a los ochenta y cuatro años de edad sólo por maldad y despecho para que no la heredaran sus impacientes sobrinos y resobrinos. Si uno de sus parientes, ansioso de la herencia, anunciaba su visita, ella no lo recibía, incluso la carta más amable de alguno de la familia volaba bajo la mesa sin merecer contestación. Misántropa y caprichosa desde la muerte de los hijos y del esposo, sólo pasaba dos o tres meses en Kekesfalva y nadie entraba en la casa; pasaba el resto del año viajando por el mundo, vivía como una gran señora en Niza y Montreux, se vestía, se desnudaba, se hacía peinar, maquillar y arreglar las uñas, leía novelas francesas, compraba gran cantidad de vestidos, iba de tienda en tienda, regateaba y juraba como una verdulera rusa. Desde luego, la única persona que toleraba a su lado, su dama de compañía, no tenía la vida fácil. La pobre y callada mujer tenía que alimentar todos los días a tres repugnantes pinschers gruñones, cepillarlos y sacarlos a pasear, tocar el piano para la vieja loca, leerle libros y dejarse insultar sin motivo alguno del modo más cruel. Cuando la anciana, siguiendo una costumbre que había adquirido en Ucrania, tomaba unas cuantas copas de coñac o de vodka de más, incluso tenía que soportar palizas, según testimonios dignos de crédito. En todos los lugares de lujo, en Niza y Cannes, en Aix les Bains y Montreux, conocían a la vieja voluminosa señora, con su lustrosa cara de dogo y su cabello teñido, que siempre hablaba en voz alta, sin preocuparse de si alguien la oía, que discutía con los camareros como un sargento y dirigía muecas impertinentes a las personas que no le gustaban. En estos paseos terribles la seguía como una sombra (siempre tenía que ir detrás con los perros, nunca a su lado) la dama de compañía, una mujer delgada, pálida y rubia, de ojos asustados, que, bien se veía, se avergonzaba en todo momento de las rudas maneras de su señora y al mismo tiempo la temía como al mismo diablo. »Pues bien, a los setenta y ocho años y en el mismo hotel de Territet donde solía alojarse la emperatriz Isabel, la princesa Orosvár contrajo una grave pulmonía. Sigue siendo un misterio la manera cómo esta noticia llegó hasta Hungría, pero lo cierto es que, sin ponerse de acuerdo, los parientes acudieron presurosos, ocuparon el hotel, asaltaron al médico pidiéndole noticias y esperaron; esperaron su muerte. »Pero mala hierba nunca muere. El viejo dragón se recuperó y el día en que se enteraron de que la convaleciente bajaría al vestibulo por primera vez, los impacientes parientes se marcharon. La Orosvár había husmeado la llegada demasiado interesada de sus herederos y, rencorosa como era, sobornó por de pronto a camareros y doncellas para que le transmitieran cada palabra que sus parientes habían pronunciado. Todo encajaba. Los apresurados herederos se habían peleado entre sí para ver quién se quedaba con Kekesfalva y quién con Orosvár, quién con las perlas, quién con las posesiones de Ucrania y quién con el palacio de la Ofnerstrasse. Éste fue el primer golpe. Al cabo de un mes llegó la carta de un prestamista de Budapest llamado Dessauer comunicándole que no podía prolongar por más tiempo el crédito a su sobrino nieto Deszö, a menos que ella le asegurase por escrito que era heredero suyo. Fue la gota que colmó el vaso. La Orosvár convocó a su abogado de Budapest a través de un telegrama, redactó con él un nuevo testamento y por supuesto (la maldad hace clarividente) en presencia de dos médicos, que certificaron expresamente que la princesa estaba en plena posesión de sus facultades mentales. El abogado se llevó el testamento a Budapest; el documento permaneció seis años sin abrir en su bufete, porque la anciana Orosvár no tenía ninguna prisa para morir. Cuando finalmente se pudo abrir, hubo una gran sorpresa. Se nombraba heredera universal a la dama de compañía, una tal señorita Annette Beate Dietzenhof de Westfalia, un nombre que a partir de entonces

retumbó terriblemente en los oídos de toda la parentela. Heredó Kekesfalva, Orosvár, la fábrica de azúcar, la yeguada y el palacio de Budapest; sólo las posesiones de Ucrania y el dinero en efectivo los legó la vieja princesa a su ciudad natal, para la construcción de una iglesia ortodoxa. Ninguno de los parientes recibió siquiera un botón. Esta omisión quedó expresa e infamemente registrada en el testamento con el argumento: "porque no pudieron esperar mi muerte". »Esto dio motivo a un suculento escándalo. La parentela puso el grito en el cielo, acudió a los abogados y éstos formularon las protestas de rigor, aduciendo que la testadora no estaba lúcida, pues había redactado el testamento durante una grave enfermedad y además se encontraba en una relación patológica de dependencia respecto a su dama de compañía; no cabía duda de que ésta había forzado astutamente la voluntad de la enferma mediante la sugestión. Al mismo tiempo trataron de inflar la historia y convertirla en una cuestión nacional: unas propiedades húngaras, que desde los tiempos de Arpad habían pertenecido a los Orosvár, pasarían ahora a manos de una extranjera, una prusiana, y la otra mitad de la fortuna a las de la Iglesia ortodoxa; en Budapest no se hablaba de otra cosa; los periódicos llenaban con ello columnas enteras. Pero, a pesar del alboroto levantado por los perjudicados, su causa no prosperó. Los herederos ya habían perdido el proceso en dos instancias; para su desgracia, los dos médicos vivían todavía en Territet y confirmaron de nuevo su dictamen anterior sobre la total lucidez de la princesa. También los otros testigos tuvieron que admitir en un careo que, si bien en los últimos años la anciana princesa se había mostrado caprichosa, sin embargo estaba completamente lúcida. Habían fracasado todas las artimañas de los abogados, todas las intimidaciones, y era de esperar cien a uno que la curia real no invalidaría las decisiones tomadas anteriormente a favor de la Dietzenhof. »Kanitz, por supuesto, había leído las informaciones acerca del proceso, pero escuchaba atentamente cada palabra, porque los asuntos monetarios ajenos le apasionaban como objetos de estudio; además conocía la propiedad Kekesfalva de sus tiempos de agente. —Imagínate — prosiguió entretanto el pequeño escribiente— el humor de mi jefe cuando a su regreso vio cómo habían engañado a aquella estúpida. Ya había renunciado a Orosvár y al palacio de la Ofnerstrasse por escrito y se había contentado con Kekesfalva y la yeguada. Al parecer, la había impresionado sobre todo la promesa de aquel tunante de que en adelante no tendría nada más que ver con los tribunales, incluso de que los herederos se harían cargo generosamente de los honorarios de su abogado. Bueno, de iure, aún se habría podido impugnar tal acuerdo, pues al fin y al cabo no se había tomado ante notario, sino sólo ante testigos, y habría sido de lo más fácil sitiar por hambre a esa caterva codiciosa, que ya no disponía de un céntimo para resistir más tramitaciones por nuevas instancias. Naturalmente, el maldito deber de mi jefe era decirles cuatro verdades e impugnar el acuerdo en interés de la heredera. Pero la pandilla supo agarrarlo bien por el cogote: le ofrecieron alevosamente sesenta mil coronas como honorarios si no ocasionaba más molestias. Y como él, aparte de todo, estaba furioso con la estúpida que en cosa de media hora se había dejado sonsacar un hermoso millón en números redondos, declaró válido el acuerdo y se embolsó el dinero. ¡Sesenta mil coronas! ¿Qué dices? ¡Y sólo por haber echado a perder la causa de su clienta por culpa de un estúpido viaje a Viena! Sí, tuvo suerte. El Señor, cuando duerme, favorece a los mayores tunantes. De toda la herencia millonaria no le queda sino Kekesfalva y, como la conozco, tampoco tardará en perderlo. ¡Es tonta de remate! — ¿Qué va a hacer con esta propiedad? — preguntó el otro. — ¡Disparates, créeme! ¡Seguro que tonterías! Además, he oído campanas acerca de que los del cártel del azúcar quieren quitarle la fábrica. Creo que pasado mañana llega el director general de Budapest. Y creo que arrendará la finca un tal Petrovic, que era el administrador de la misma, pero puede ser también que los del cártel la administren por cuenta propia. Dinero no les falta, pues dicen que un banco francés (¿no lo ha leído en los periódicos?) prepara una fusión con la industria bohemia... »Llegados a este punto, la conversación se desvió hacia temas más generales. Pero nuestro Kanitz había oído suficiente, tanto como para que le ardieran los oídos. Pocos conocían Kekesfalva tan a fondo como él; había estado allí ya veinte años atrás para asegurar el mobiliario. Conocía también a Petrovic, incluso lo conocía muy bien de la época de sus primeros negocios; ese tipo que se daba aires de honrado solía depositar los buenos dineros que todos los años se metía en el bolsillo con la administración de la finca en hipotecas que le conseguía el doctor Gollinger por mediación de Kanitz. Pero para éste lo más importante era que recordaba con toda exactitud un armario lleno de porcelana china y ciertas estatuillas vidriadas y bordados de seda que procedían del abuelo de los Orosvár, que había sido embajador de Rusia en Pekín; ya en vida de la princesa, él, el único que conocía su inmenso valor, trató de comprarlas para los Rosenfeld de Chicago. Eran piezas rarísimas, de un valor aproximado de dos a tres mil libras; la anciana Orosvár no tenía ni idea, desde luego, de los precios que se pagaban en América desde hacía unas décadas por tales objetos asiáticos, pero despachó a Kanitz de malos modos, diciéndole que no le daría nada y que se fuera al diablo. Si estas piezas todavía existían (Kanitz se estremeció con sólo pensarlo), se podrían conseguir a un precio ridículo teniendo en cuenta el cambio de dueño. Lo mejor sería, claro está, asegurarse el derecho de preferencia para todo el inventario. «Nuestro Kanitz hizo como si se despertara de repente (hacía rato que los otros tres viajeros hablaban de otras

cosas), bostezó con arte y primor, se desperezó y sacó el reloj: en media hora el tren se detendría aquí, en la ciudad de su guarnición. Se apresuró a doblar la bata, se puso la inevitable levita negra y se arregló. A las dos y media en punto se apeó, se dirigió en coche al León Rojo, pidió una habitación, y no hará falta subrayar que durmió muy mal, como todo general la víspera de una batalla incierta. A las siete (para no perder un instante) se levantó y con paso firme recorrió la avenida que acabamos de dejar atrás en dirección al castillo. ¡Adelantarse, pensaba, llegar antes que los demás! ¡Liquidarlo todo antes de que acudiesen los buitres de Budapest! Persuadir lo antes posible a Petrovic de que le avisase en caso de que se llegara a vender el mobiliario. En caso necesario, subastarlo todo a medias con él y asegurarse el inventario en el reparto. »Desde la muerte de la princesa había poco personal en el castillo, de modo que Kanitz pudo deslizarse fácilmente y contemplarlo todo a sus anchas. Es una hermosa propiedad, piensa, muy bien conservada, con los postigos recién pintados, las paredes pintadas, una verja nueva... Sí, sí, ese Petrovic sabe por qué manda hacer tantas reparaciones, pues con cada factura suculentas comisiones van a parar a su bolsillo. Pero ¿dónde se ha metido el hombre? La entrada principal resulta cerrada, nadie se mueve en el pabellón de administración por más fuerte que se llame... ¡Maldición! ¿Y si al final resulta que el individuo se ha marchado a Budapest para cerrar el trato con la boba de Dietzenhof? »Impaciente, Kanitz vuela de una puerta a otra, llamando, dando palmadas...; nadie. ¡Nadie! Al fin, deslizándose sigilosamente por la estrecha puerta lateral, divisa una figura de mujer en el invernadero. A través de los cristales sólo ve que riega las flores. Por fin alguien que podrá informarle. Kanitz da toscos golpes en los cristales. Grita «hola» y da palmadas para llamar la atención. La mujer que, dentro, se ocupa de las flores, se sobresalta, y pasa un rato antes de que se atreva a acercarse tímidamente a la puerta, como si la hubieran pillado con las manos en la masa; una mujer rubia, flaca, ya entrada en años, que lleva una sencilla blusa negra y un delantal de indiana atado por delante, aparece ahora entre los postes con las tijeras de podar todavía medio abiertas en la mano. »Kanitz la increpa un tanto impaciente: »—¿Siempre hace esperar tanto a la gente? ¿Dónde está Petrovic? »—¿Quién dice? —pregunta la enjuta muchacha con mirada perpleja; involuntariamente da un paso hacia atrás y esconde las tijeras de podar detrás de la espalda. »—¿Quién?! ¿Cuántos Petrovic hay aquí? ¡Me refiero a Petrovic, el administrador! »—Ah, perdone usted..., el... el señor administrador... Sí, sí. Yo tampoco lo he visto..., creo que se ha ido a Viena... Pero la señora ha dicho que lo espera de vuelta antes de la noche. »Espera, espera, piensa Kanitz irritado. Esperar hasta la noche. Perder otra noche en el hotel. Más gastos innecesarios y sin saber de lo cierto qué saldrá de todo esto. »—¿Qué fastidio! ¡Precisamente hoy tiene que estar ausente este hombre! —murmura a media voz y luego se dirige a la muchacha—: ¿Se puede visitar el castillo mientras tanto? ¿Alguien tiene las llaves? »—¿Las llaves? —repite ella, sorprendida. »—¡Sí, diablos, las llaves! (¿A qué vienen tantos remilgos?, piensa. Seguramente tiene órdenes de Petrovic de no dejar entrar a nadie. Bueno, a lo sumo habrá que darle una propina a esta miedosa estúpida.) —De pronto adopta una actitud jovial y prosigue en una mezcla de dialectos campesino y vienes—: Vamos, mujer, no tenga tanto miedo. No le voy a quitar nada. Sólo quiero echar una ojeada. Bueno, qué, ¿tiene o no tiene las llaves? »—¿Las llaves?... Claro que las tengo —balucea—, pero... no sé cuándo volverá el señor administrador... »—Ya le he dicho que para esto no necesito a su Petrovic. Basta de monsergas. ¿Conoce la casa? »La torpe muchacha está cada vez más confusa: »—Creo que sí..., más o menos... »Una idiota, piensa Kanitz. ¡Vaya un desastre de personal contrata Petrovic! Y en voz alta ordena: »—Bueno, vamos, no tengo mucho tiempo. »Él pasa delante y ella, efectivamente, lo sigue, tímida e inquieta. En la puerta de la casa, vacila de nuevo. »—¡Mil rayos! ¡Abra de una vez! »¿Por qué actúa tan estúpida y apocadamente?, se pregunta Kanitz, irritado. Mientras ella saca las llaves de una bolsa de cuero delgada y gastada, él pregunta por mera precaución: »—¿En realidad, cuál es su papel en esta casa? »Intimidada, la muchacha se detiene y se ruboriza. »—Soy... —comienza, pero enseguida se corrige—, era la dama de compañía de la señora princesa. »Ahora es a nuestro Kanitz a quien se le corta la respiración (y le juro que era difícil desconcertar a un hombre de su calibre). Involuntariamente da un paso atrás. »—¿Entonces..., no será usted la señorita Dietzenhof? »—Sí, soy yo —responde ella, asustada, como si la hubieran acusado de un crimen. »Una sola cosa no había conocido hasta entonces en su vida: la perplejidad. Pero en aquel instante quedó totalmente perplejo por haber arremetido ciegamente contra la legendaria señorita Dietzenhof, la heredera de Kekesfalva. Cambió de tono en el acto. »—Perdone —balucea totalmente consternado y se apresura a quitarse el sombrero—. Perdone, señorita... Pero nadie me había informado de que la señorita ya había llegado... Le pido mil disculpas... He venido sólo para... »Se interrumpe, pues ahora se trata de inventar algo plausible. »—Vengo por el seguro... Estuve aquí varias veces hace años, en vida de la difunta señora princesa. Lamento que entonces no tuviera la oportunidad de conocerla a usted, señorita... Sólo por esto, por el seguro..., para ver si el inventario está intacto... Tenemos la obligación de comprobarlo. De todos modos no hay prisa. »—Oh, por favor, por favor... —dice ella tímidamente—. Yo no entiendo mucho de estas cosas. Quizá mejor que hable con el señor Peterwitz. »—Claro, claro —responde nuestro Kanitz, quien todavía no ha recuperado del todo su presencia

de ánimo—. Naturalmente esperaré al señor Peterwitz. (¿Para qué corregirla?, piensa.) Pero si usted no tiene inconveniente, podría hacer una inspección del castillo, así después lo dejaríamos todo solucionado en un santiamén. Supongo que no se ha modificado el inventario. »—No, no —se apresura ella a contestar—. Nada se ha modificado. Si quiere usted convencerse... »—Es usted muy amable, señorita—. Kanitz hace una reverencia y los dos franquean la puerta. »En el salón, su mirada se detiene primero en los cuatro Guardi que usted ya conoce y al lado, en el boudoir de Edith, la vitrina con la porcelana china, las tapicerías y las estatuillas de jade. ¡Qué alivio! Todo está allí. Petrovic no ha robado nada, el muy estúpido prefiere sacar provecho de la avena, la alfalfa, las patatas y de las comisiones por los arreglos. La señorita Dietzenhof, evidentemente preocupada por no molestar al desconocido en su nerviosa inspección, abre mientras tanto las persianas. La luz entra a raudales y a través de las altas puertas vidrieras se divisa hasta el fondo del parque. Es preciso entablar conversación, piensa Kanitz, no dejar a la muchacha de lado, trabar amistad con ella. »—Hay una bonita vista del parque desde aquí —empieza, respirando profundamente—. Es fantástico vivir aquí. »—Sí, muy bonita —confirma ella dócilmente, pero el tono del asentimiento no parece muy sincero. »Kanitz nota enseguida que la aturdida muchacha ha olvidado contradecir abiertamente. Sólo al cabo de un rato añade como rectificación: »—La verdad es que la señora princesa nunca se sintió a gusto aquí. Siempre decía que la tierra llana la ponía melancólica. En realidad, desde siempre sólo las montañas y el mar le han gustado. Esta región le parecía demasiado solitaria, y sus gentes... »Se interrumpe de nuevo. Sin embargo, Kanitz recuerda que es preciso conversar, hablar, no dejar a la muchacha de lado, trabar amistad con ella. »—Espero que usted, en cambio, ahora se quedará entre nosotros, señorita. »—¿Yo...? —Levanta involuntariamente la mano, como queriendo alejar algo indeseado—. ¿Yo...? No. ¡Oh, no! ¿Qué haría yo sola en esta casa enorme...? No, no, me iré tan pronto como esté todo en orden. »Kanitz la mira cautelosamente de reojo. ¡Qué pequeña se ve la pobre dueña en este gran salón! Un poco demasiado pálida y atemorizada. De lo contrario, casi se podría decir que es bonita; ese rostro estrecho y alargado, de párpados velados, sugiere un paisaje bajo la lluvia; los ojos parecen de un suave azul de centáurea, unos ojos tiernos y cálidos que, sin embargo, no se atreven a resplandecer resueltamente y se esconden una y otra vez bajo los párpados. Y Kanitz, observador experimentado, se da cuenta enseguida de que se halla en presencia de un ser sumiso, un ser sin voluntad, al que se puede hacer bailar al son que se quiera. ¡De modo que a conversar! ¡Conversar! Y con la frente fruncida mostrando interés sigue preguntando: »—Pero ¿qué será entonces de esta hermosa propiedad? Una posesión como ésta requiere alguien que la gobierne, y que la gobierne con autoridad. »—No lo sé, no lo sé —responde ella, muy nerviosa. Su delicado cuerpo se estremece de inquietud, y en este preciso instante Kanitz comprende que la muchacha, dependiente de otros desde hace años, nunca tendrá el valor suficiente para tomar una decisión por sí sola y que está más asustada que contenta por una herencia que pesa sobre sus débiles hombros como un saco de preocupaciones. Reflexiona con rapidez. No en vano ha aprendido durante esos veinte años a comprar y vender, a convencer y disuadir. Al comprador, hay que animarlo; al vendedor, desalentarlo: primera norma de los agentes. Y él enseguida acciona el registro de disuasión de su órgano. Hay que "aguarle la fiesta", piensa. Al final quizá se le podrá arrendar todo esto de un solo golpe y adelantarse a Petrovic; quizá sea una suerte que el tipo ese se haya quedado en Viena precisamente hoy. Acto seguido adopta un aire de compasión y de vivo interés. »—Tiene usted razón, es siempre una gran carga también. Nunca se descansa. Hay que discutir todos los días con los administradores, el personal doméstico y los vecinos, y además están los abogados y los impuestos. Cuando la gente se huele una pequeña propiedad o dinero, trata de exprimirle a uno hasta el último céntimo. Acaba rodeado sólo de enemigos, por más bien intencionado que sea uno. Es inútil, no sirve de nada..., en cuanto husmean dinero, todos se convierten en ladrones. Sí, por desgracia tiene usted razón: para una propiedad como ésta hay que tener mano de hierro, de lo contrario uno no sale adelante. Hay que haber nacido para ello, y aun así es una lucha eterna. »—Oh, sí —dice ella con un suspiro. Está claro que recuerda algo espantoso—. ¡La gente es horrible, horrible, cuando se trata de dinero! Yo no lo sabía. »¿La gente? ¿Qué le importa la gente a Kanitz? ¿Qué más le da que sea buena o mala? ¡Arrendar la propiedad, y ello cuanto antes y de la manera más ventajosa posible! Escucha y asiente cortésmente con la cabeza, y mientras escucha y contesta, calcula en otro rincón del cerebro cómo arreglar el asunto del modo más rápido. Fundar un consorcio que tome en arrendamiento todo Kekesfalva, la explotación agrícola, la fábrica de azúcar y la yeguada. Luego, por mí puede cederlo todo a Petrovic en subarriendo y asegurarse nada más que la organización. Lo importante es hacer la oferta de arrendamiento enseguida y meterle el miedo en el cuerpo a la muchacha; tomará todo lo que se le ofrezca. No sabe calcular, nunca ha ganado dinero y por lo tanto tampoco merece ganar mucho. Mientras su cerebro trabaja con todos los nervios y todas las fibras, sus labios siguen hablando con aparente interés. »—Pero lo peor son los pleitos. Ahí de nada sirve ser pacífico, no hay forma de salir de los eternos litigios. Es la razón que siempre me ha hecho desistir de comprar una propiedad. Siempre pleitos, abogados, vistas, citaciones y escándalos. No, prefiero vivir modestamente, con seguridad, y no tener que

disgustarme. Con una propiedad como ésta, uno cree tener algo, pero en realidad no es sino el sabueso de otros, nunca consigue estar realmente tranquilo. En sí mismo sería magnífico este castillo, esta hermosa y antigua propiedad..., magnífico..., pero para ello se necesitan nervios de acero y puños de hierro, de lo contrario se convierte sólo en una carga eterna... »Ella lo escucha con la cabeza gacha. De repente levanta los ojos y un penoso suspiro sale de lo más profundo de su pecho: «—Sí, una carga terrible... ¡Ojalá pudiera venderlo!» (*New York city law department phone directory*).

Audiolibro La Impaciencia Del Coraz N Stegan Zweig 2 De 7

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>